

Luis Tamargo

Caminos del Aire



Ediciones
Alféizar

CAMINOS DEL AIRE

Luis Tamargo



Ediciones
Alféizar

© 2019
Editado por Ediciones Alféizar
C/ Joan Carles I - 41
46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España
Autor portada: Enrico Pitton
Email: info@edicionesalfeizar.com
Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

*A ti,
en tu viaje de vuelta.*

Capítulo I

Era el lado amable de su trabajo, contemplar los jirones rosáceos que clareaban entre las nubes cuando, minutos antes, amenazaban oscuridad de tormenta. Desde luego que no disfrutaría de aquel panorama si se hubiera quedado envuelto entre las sábanas; había que buscarle consuelo a las obligaciones. Llevaba haciéndolo los últimos diez años y así continuaba, a pesar de los oscuros nubarrones que amenazaban un futuro de tempestades. Ese era el lado áspero, la otra contrapartida: la empresa farmacéutica en la que trabajaba no era más que una ínfima rama de su empresa matriz, una multinacional eólica que ahora proyectaba prescindir de las filiales que entorpecían su marcha, enlentecida aún más por las sanciones económicas que les había supuesto la comercialización ilegal de los alimentos transgénicos.

El vehículo atravesaba un bosque de molinos de viento, en hileras perfectamente alineadas al borde de la carretera; las gigantescas aspas denigraban el paisaje, empequeñeciéndolo, casi lo convertían en irreal.

—Al final tenía razón el loco aquel, son gigantes y no molinos —pensaba Eliseo al volante, mientras perdía de vista la silueta fantasmagórica de las enormes hélices giratorias, que transformaban el viento en energía—. Sí, gigantes, monstruos de verdad.

Al alcanzar la cima del puerto de montaña el paisaje agreste, llano y seco hasta entonces, cambió. Serpenteó monte abajo, entre curvas, hasta acceder a la carretera general, sin apenas tráfico a esas horas. Abandonó la autovía por la siguiente rotonda y enfiló el descenso, solitario, entre prados y bosques de un verde encendido. Conocía cada palmo de aquella carretera y sonrió para sí al comprobar que seguía sin señalizar aquel cruce que tan gratos recuerdos le traía. Por allí trascurría el camino del norte hacia Santiago de Compostela y se bifurcaba para convertirse en otro camino, el lebaniego, por el que, hacía

apenas un año, él había ejercido de peregrino. Aminoró la marcha y, con la ventanilla bajada, respiró hondo, en un intento de atrapar recuerdos de una sensación. Le gustaba en especial aquel tramo en concreto; durante unos instantes no se divisaba casa ni población y el paisaje lo invadía todo. Le rondaba desde hacía tiempo la misma sensación al recorrer aquel paraje, algún día se animaría a llevarlo a la práctica y escribirlo. Sí, un bosque protagonista de una historia, pues aquellos árboles estaban vivos de verdad. Ese era el mejor de todos los lados, el que él mismo se procuraba, atisbos de lucidez para lo que más le gustaba hacer, escribir.

Desde la carretera comarcal divisó el letrero luminoso de color verde de la farmacia; giró a la izquierda y aparcó en un lateral del consultorio rural. Dos hombres, apostados a la entrada, aguardaban al médico que aún no había llegado.

Entró en la sala de espera al tiempo que una pareja de mujeres; en el interior, media docena de personas aguardaba la llegada del médico. Eliseo posó el maletín de trabajo junto a la puerta de la consulta y dio los buenos días en voz alta, aunque nadie contestó; estaba acostumbrado. Era el otro lado de su profesión, el más ingrato. Los pacientes nunca entendían, pero él sí, tenía que entender que no aceptasen de buen grado su aparición, la del viajante, que suponía una intromisión en el tiempo en que habían sido citados. Pero le desagradaba que sólo él tuviese que entender y soportar, al fin y al cabo, aquella situación obedecía a unas pautas regladas desde las autoridades sanitarias para regular su trabajo, de manera que pudiese desempeñar su labor de informador sanitario sin entorpecer la rutina de la consulta. También él tenía que acudir a un centro de salud y después a otro y tampoco se trataba de tener que disculparse y explicar su modo de vida a los demás. Aquellos contratiempos o muestras de falta de tacto o de educación las tenía asumidas como inevitables gajes del oficio.

La chica que estaba sentada frente a él, precisamente la más joven de toda la sala, se mostró inquieta y no tardó en delatarse con un gesto amenazante de su dedo índice sobre el reloj.

—¡Sin colarse!

Eliseo hubiera preferido un “buenos días”, más proclive a la conversación desenfadada, pero el desafío se había planteado sin piedad, no le permitía

escapatoria alguna.

—Aquí no se cuele nadie —replicó Eliseo, serio.

—¿No?

—No, yo vengo con hora, igual que usted.

—Ya, ya, muy importante —la joven atacaba y mostraba su natural carácter batallador—, que tenemos que ir a trabajar.

—Pues eso, a respetar al que trabaja —Eliseo se lanzó, por más que intentó contenerse—, que no he venido a discutir con usted.

A la chica le pilló desprevenida la rápida contestación de Eliseo, se le sofocó el rostro de repente con un excesivo tono colorado; se contentó con recurrir a temas culinarios, mientras intentaba implicar a su acompañante de asiento más cercano, una anciana que escuchaba y callaba. Eliseo salió fuera del consultorio a tomar el aire y ayudar así a que se descongestionase la atmósfera cargada. Escuchó distante la conversación sobre el tiempo de los dos hombres que esperaban...

—Anoche no ha helado...

—No, despuntó el sur esta mañana —dijo el más mayor.

Cuando el viento sur cesaba siempre traía lluvia.

Le habría gustado intervenir, ya que él era de por allí, pero para las gentes del lugar todos los viajeros venían de fuera y, automáticamente, de forma indiscriminada, se consideraban todos extraños y tratados como tal.

Reconoció el vehículo todoterreno del médico, que se acercaba, y se adentró de nuevo en la sala. Conocía al médico desde la época de estudiante, cuando compartieron aula en la facultad de Medicina y, aparte de su relación profesional, de más de una veintena de años, les unía una buena amistad, a la que contribuía una común inquietud literaria. Solían reunirse cada lunes en “El Diluvio”, una cafetería céntrica de la ciudad, para celebrar una tertulia donde profesaban su amistad con las letras.

Rafael Urueña, médico sustituto de Atención Primaria, saludó al entrar y las voces de los presentes en la sala correspondieron al unísono. Reconoció a Eliseo al instante, pero le hizo un gesto discreto para que esperase un

momento. Cerró la puerta de la consulta tras de sí, mientras encendía el ordenador y se vestía la bata blanca; al poco se asomó para hacer entrar al primer paciente, uno de los hombres que aguardaba sentado en un extremo de la sala, a quien le costó trabajo despegar la barbilla apoyada en la cachava. Fue después, al salir el anciano, cuando invitó, con un movimiento de su brazo, a Eliseo, para que pasara.

Se estrecharon la mano con cortesía, guardando la corrección, pero con natural cordialidad. El doctor Uruña facilitó la tarea, ahorrándose la formalidad del protocolo. No era la ocasión para tratar una vez más los productos que Eliseo trabajaba, pero sin dejarlos a un lado, promovió la conversación distendida:

—Tengo a varios pacientes con ese fármaco tuyo y no hay queja, Eliseo, va bien, te lo estoy utilizando mucho. No vas a tardar en notar que la venta crece.

—Mejor, porque así podré invitarte a la próxima ronda —bromeó Eliseo con confianza.

—A propósito, pásate esta tarde por la tertulia, hace tiempo que no te vemos, ¿vas a ir?

—Tengo mucho lío de trabajo, pero trataré de hacer todo lo posible, Rafa.

El médico le pidió una muestra del producto nuevo y le despidió con un guiño cómplice seguido de una palmada suave en la espalda.

—No te preocupes que no me olvido de nada de lo tuyo —le aseguró.

—De acuerdo, doctor, ¡hasta la tarde entonces!

Al salir, Eliseo se despidió en voz alta dirigiéndose a la sala, aunque nadie respondió. Pudo escuchar la voz del médico nombrando al siguiente paciente; de reojo, observó cómo otro de los hombres que aguardaba fuera tiró la colilla del cigarro y acudió solícito a la llamada. Siguió su ruta preestablecida de trabajo y, al final, se le complicó la jornada dentro del hospital, tuvo que comer un menú del día rápido y llegó a casa lo justo para cambiarse de zapatos y calcetines y dirigirse a la cafetería del centro, donde encontraría a su grupo de tertulianos y amigos.

No había visto en todo el día a Inma, su mujer, desde que a primera hora de la mañana marchó a trabajar; coincidía con la opinión de ella en que aquello

no era vida, pero más tarde tendría oportunidad de contrastar impresiones con calma, ahora le quedaba cumplir la palabra que había dado a Rafa de acudir a la cita.

Capítulo II

La tertulia de los lunes no casaba con la rutina, era todo menos un pretexto para reunirse entre amigos y compartir aquella inquietud literaria en común que les unía, además de un café o unas copas. Para Eliseo, desde luego, era algo más, le confería un marcado carácter terapéutico, a la vez que le servía de confesionario, donde exculpar sus monstruos personales, representaba una vía de escape de la que regresaba fortalecido, repuesto de savia nueva, enriquecido incluso; necesitaba ahora esa medicina. Llevaba varias semanas sin acudir a la cita y ya iba siendo hora de dedicarse un regalo. A pesar de las prisas llegó a la cafetería con la tertulia empezada, cuando Domingo iniciaba el relato de lo que parecía su última peripecia. Se sentó a la mesa en silencio, con un saludo mudo de cabeza, para no interrumpir el ambiente de atención con el que todos escuchaban. Domingo también era viajante, como él, pero vendía libros, por lo que el escenario que relataba no le resultaba del todo ajeno, ni siquiera la carga de connotaciones literarias que significaba. Domingo le dirigió un guiño amigable, al reconocerle, mientras continuaba la narración de lo acontecido:

—Escucha esto, Eliseo, promete... —le conminó Rafa, a modo de bienvenida.

Por lo visto, Domingo había sufrido un altercado con la señora de una tienda de prensa a la que se dirigió para fotocopiar una obra que iba a presentar a un certamen de poesía. Tras una larga espera y varios intentos infructuosos, la fotocopidora parecía haberse averiado y la señora, nerviosa, porque se amontonaban los clientes, acabó por mezclar unas hojas con otras, armándose un tremendo lío.

—Ya me ocurrió la semana pasada también, la fotocopidora no anda bien y se traga las hojas de dos en dos —se disculpaba, mostrando el error en las

copias, incompletas, incluso torcidas, pero con intención de seguir adelante con el trabajo.

Domingo explicaba que aquello fue el detonante. Tomó entonces la decisión de poner fin al encargo; llevaba más de media hora dentro del local y apenas tenía una decena de hojas seguidas copiadas correctamente.

—Verá, también tengo mi trabajo que atender, no puedo estar aquí toda la mañana —le explicó mientras recogía y guardaba en su carpeta los originales del trabajo—. Lo mejor va a ser que lo dejemos, señora, ya lo siento.

La mujer parecía escuchar, en silencio, pero de repente agarró la manga de su chaqueta americana y le zarandó con brusquedad, mientras acercaba su rostro al suyo y le increpaba...

—¿No te irás a marchar sin pagar, eh, sinvergüenza?

A Domingo se le heló el gesto; aunque, estupefacto, respondió pausado, intentando mantener el control ante tan desagradable actitud.

—Mire, oiga, que sea la última vez que me toca, ¿de acuerdo? No se le ocurra ponerme la mano encima —replicó a la mujer, sin perder la compostura—. ¿Pagarle?, ¿qué quiere que le pague, qué me ha hecho de lo que le he pedido?

La mujer se interpuso entre él y la puerta de salida, desafiante.

—De aquí no sales sin pagar.

La situación le violentaba y, nervioso, Domingo marcó en su teléfono móvil el primer número de policía del que se acordaba en ese momento.

Al cabo de unos minutos, se personó una patrulla de la Policía Nacional; un agente se dirigió a él y otro a la dependiente del local, mientras les tomaban los datos. El agente le indicó a Domingo el modo correcto de proceder, dado que ellos nada podían hacer al respecto:

—En estos casos debe denunciarlo en la Oficina de Consumidores.

Domingo marchó de allí, con el beneplácito de los agentes, pero molesto, porque la mañana se le había escapado de las manos, su trabajo se había retrasado y no había conseguido aprovechar el tiempo ni fotocopiar la obra que tenía que enviar al certamen, sino todo lo contrario, la situación había

derivado en un completo despropósito. Aunque llegó tarde a la cita con su cliente, atendió el trabajo con diligencia e intentó darlo por zanjado lo antes posible; aquello no le gustaba nada y decidió prevenir, acercarse a la Oficina de Consumidores donde interponer una denuncia...

—¿Os lo podéis creer? —Domingo levantó los brazos en exagerado aspaviento, al finalizar su relato.

—Del todo surrealista —repuso Fermín, un traumatólogo jubilado, amigo de letras y compañero de mesa en la tertulia literaria de los lunes, tras escuchar lo expuesto.

—Bueno, pues ahí no acaba el asunto —prosiguió Domingo, relatando los hechos al resto de tertulianos—. Al cabo de un mes, otro lunes, recibo en casa una carta de la Inspección de la Oficina de Consumidores. Cuando se personaron en el local de prensa se encontraron con que la dependienta había depositado las fotocopias en los Juzgados y que yo estaba citado para un juicio por faltas, en el que he sido denunciado por estafa, también en lunes, por cierto.

—¡Qué cosas os pasan a los viajeros! —exclamaba ahora Secundino, al que todos conocían por Cundi, un guardia civil retirado, que flirteaba maneras poéticas y asiduo tertuliano de los lunes literarios.

—¿Y en qué quedó el asunto? —preguntó Rafael, el más joven, médico además de marinero, piloto y fotógrafo en ratos libres, quien siempre llevaba la voz cantante a la hora de moderar debates enconados.

—¿Qué pasó? ¿De verdad creéis que tiene importancia el veredicto de este absurdo? —la indignación de Domingo se encendía por momentos—. Si tengo o no que pagar es lo de menos, ¿no os parece bastante vergonzoso ya?...

—¡Inverosímil! —apostilló Fermín, rotundo, abriendo todavía más sus ojos saltones.

—Pues te lo han puesto en bandeja —Rafael enseguida encontró el lado positivo—, yo lo titularía “La estafa” o “El crimen de la fotocopista”.

—O “Siete lunes” —se animó también Cundi.

—Es más, propongo un nuevo tema para el siguiente primer lunes de mes —Rafael disfrutaba de la sugerencia—, que cada uno traiga preparado un relato

referente al tema de la estafa.

—Trato hecho, los leeremos y criticaremos aquí, como otros lunes, ¿no os parece? —concretó Eliseo, que hasta entonces había permanecido callado, pero atento a la insólita confesión.

—¿Pero entonces posponemos el tema de los viajes que estaba previsto? —interpeló Cundi.

—Vale, pues también traeremos los del viaje —Rafa no desperdiciaba nada—. Tenemos ese relato pendiente.

—Conmigo no contéis, estoy harto de este sin sentido —les replicó Domingo, un tanto molesto por el modo en que minimizaban su malestar.

—Deberías tomarte una tila —Fermín mediaba sin éxito—, no todos los días uno encuentra una buena historia...

—Mejor dicho: fue la propia historia la que le salió al paso. —rio Cundi, mientras los demás le siguieron con la ocurrencia.

—No, no quiero saber de más premios, ni de más tazas de tila para los nervios, no es eso...

—Yo que tú no le daría más vueltas —Rafael trataba de consolar su desasosiego.

—Sí, tómatelo con calma, pasa la página y olvídale —terció Eliseo, en tono amistoso—. Es lo mejor que puedes hacer, créeme.

Sin embargo, Domingo había tenido bastante por ese día; después del juicio, tras la tensa espera de los últimos meses, quedaba aún por llegar la sentencia definitiva, de la que no era descartable una sanción. Así que, resuelto a borrar del todo la desagradable sensación de tan prolongado silencio, Domingo se incorporó del asiento, dispuesto a poner fin a la tertulia de aquella tarde y abandonar la cafetería.

—Hasta el lunes que viene —se despidió. Sólo deseaba marcharse, llegar a casa y descansar, que pasara el tiempo lo más rápido posible.

La partida precipitada de Domingo sirvió de detonante para que el resto de contertulios, tras intercambiarse miradas que trataban de conciliar extrañeza y comprensión, también acabaran por despedirse hasta la próxima reunión.

Eliseo le disculpó, también sabía algo de ese tipo de sinsabores, pero se atuvo fiel al reto planteado por sus colegas y se felicitó por el efecto benefactor de aquella reunión; ansiaba el momento de enfrentarse al papel para abordar el tema que había propuesto la exposición de Domingo.

Aquella noche, no obstante, Eliseo no logró conciliar el sueño ni la tranquilidad de otra manera que escribiendo. Con el bolígrafo en la mano se dispuso a estrenar la primera hoja; no le tembló el pulso. Imaginaba las caras de los compañeros en la tertulia del lunes próximo. Las primeras frases se sucedieron con acierto, a la primera, victoriosas:

“Era una mañana fría de un lunes cualquiera cuando el ruido estrepitoso de una verja rompió el silencio que inundaba la calle peatonal. La mujer abría en ese momento el local de trabajo, una pequeña tienda de prensa, tras la que se adentró Domingo, un viajante con vocación de artista”.

Sin embargo, las ganas de mostrar su escrito tuvieron que esperar turno; el gerente le llamó la misma mañana del siguiente lunes, anunciándole que se presentaba de improviso para acometer la conclusión de un informe de trabajo pendiente.

Capítulo III

En cierto sentido, aquella reunión marcó un hito, un antes y un después. Fue la causante de que ahora Eliseo estuviese ahí, otra vez al pie del camino, descubriendo aquel olor a calle mojada, a mañana fresca y a andén, que tan familiar le resultaba; lo conocía de otro tiempo en que vagabundeaba de la mano de su padre sin mayor ocupación, ni obligaciones que cumplir y que ahora parecía resucitar y desbocarse, no olvidado, sino oculto, simulado bajo otros ropajes, por otros intereses más inmediatos, capaces incluso de anular al olfato mismo. Ahora Eliseo lo recuperaba, era el aroma de la libertad.

Tiempo atrás, de más joven, llegó a soñar con marchar lejos de la casa paterna, libre del control vigilante, ávido de sensaciones novedosas, pero su padre tuvo una actuación brillante con él, que ayudó a salvar ese escollo de innata rebeldía. Ahora, al recordarlo, podía reconocer que aquella fue una de las primeras veces que partió de cero, pero que apenas representaba el comienzo para aprender a madurar, el primer escalón de una larga andadura. Sin embargo, era aquella ocasión la que tenía catalogada en sus recuerdos como el punto de arranque, la primera, en la que su padre tuvo bastante parte de protagonismo; ahora era capaz de comprender que aquello no dejaba de ser, en cierto modo, un ritual de iniciación, el comienzo de un camino. Con trece años su padre le llevó en coche a Pamplona, aprovechando unas vacaciones de verano; aparcaron junto a la estación de autobuses y, desde allí, montaron con sus mochilas y las varas de avellano que hacían las veces de bordón, hasta llegar al próximo Roncesvalles, donde su padre había reservado una habitación con dos camas para pasar su primera noche, cómodos, antes de emprender a pie el Camino Francés, que les conduciría hasta el sagrado lugar de Compostela. Sin prisas, poco a poco, el objetivo consistía en ponerse en camino, en ir completando etapas, cada vez que dispusieran de algunos días seguidos para realizar el trayecto. Lo acabaron muchos años atrás, por

supuesto, pero su padre sembró en él la necesidad, el compromiso de encontrar motivos personales para ir realizándolo. Hoy se lo agradecía, en cierto sentido le había servido para aprender que, a costa de pequeños sacrificios, podía lograr lo que se proponía.

En aquella etapa inicial cubrieron el camino hasta Puente la Reina, a una media de veintitantos kilómetros diarios, que un adolescente Eliseo resistió bien. Casi llegó a entender lo que significaba el cansancio, pero para entonces ya regresaban en otro autobús hacia Pamplona, con la misión cumplida, a recoger el coche que dejaron junto a la estación para proseguir el viaje de vuelta a casa. El camino estaba iniciado. La experiencia le sirvió al joven Eliseo para alardear de los sellos estampados en la credencial de peregrino entre sus compañeros de colegio, del instituto y, más tarde, de la universidad, entre los amigos. Atrás quedó Navarra, luego le siguieron La Rioja, Burgos, León, en etapas pequeñas, cortas, que le adentraron en tierras gallegas, en un caminar tan planificado como improvisado, diseminado, dosificado a lo largo del tiempo. Pero después, repitió la operación por el Camino del Norte, solo esta vez, responsable de su propio itinerario, dueño de sus pasos. Así fue quemando kilómetros por tierras verdes y montañosas, yermas y lisas, atravesando paisajes dispares dentro de un mismo escenario... Hasta ahí habían llegado sus pasos, un año antes de que naciera el pequeño Andrés. Lo quiso intentar de nuevo al año siguiente, pero una lumbalgia inoportuna le obligó a desistir del empeño; después Inma requería su ayuda para hacer frente a las necesidades del chiquillo y lo fue posponiendo. Casi lo había olvidado.

Eliseo había madrugado más de lo habitual aquella mañana. Despertó a Inma con un beso de despedida.

—Va a ser sólo una semana larga —le susurró al oído.

Inma sabía que se refería a lo que tardaría en finalizar su camino y regresar. Le acompañó a la habitación del chiquillo, todavía dormido, a quien estampó un par de besos en la frente; en el pasillo esperaba la mochila, a punto, lista para iniciar la marcha, para acometer el inicio de la etapa final. Se abrazaron en el quicio de la puerta:

—Os quiero.

—Suerte, ¡buen camino!

* * *

El reciente despido era el culpable de que Eliseo ocupase ahora aquel tren que le conducía hasta Oviedo e iba a enlazarle con el camino primitivo, el que continuaba hasta el lugar sagrado del apóstol, para algunos la primera vía u original, la que le pondría en contacto con un espíritu ancestral, el de la aventura del viaje; para él, un viaje muy personal. Por delante tenía un horizonte impreciso, aunque se movía a impulsos de un calendario preestablecido, tan previsible y cierto como que debería regresar. De nuevo los trenes, viajar, de una ciudad a otra, redescubrir el paso, la palabra, gentes y viajeros, pueblos, ciudades y más pueblos. Casi había olvidado el viejo ritual de los albergues, el sello en la credencial, los bocadillos fríos, la cantimplora siempre llena, la mochila vacía de normas, la conversación pausada, el silencio en compañía y la soledad sonora. Y, de repente, se alegraba enormemente de volver al cauce del camino, de madrugar para ponerse en pie, en marcha, de sorprender al día, para esquivar las horas de calor o para atajar la lluvia, pero madrugar, por si acaso. Descubrir el paso justo, el que contaba por el camino a seguir, a gusto, el que se escuchaba y animaba a avanzar, que acompañaba cuando se andaba solo. Y llegar, cuando llegar significaba continuar, guardar, reservar para proseguir.

Llegó al albergue de Oviedo al tiempo que los primeros peregrinos. En la espera conoció a Lou, un americano de Massachusset, que acababa de hacer el camino del Norte, desde Irún; después, había cogido un autobús en Santiago hacia Oviedo, para empezar el Camino Primitivo. En un español chapurreado, le contó que había hecho el Camino Francés dos veces, a sus sesenta y nueve años. Eliseo sentía que la aventura acababa de comenzar.

En el camino se aprendía, se conocía y se reconocía a quien también escuchaba o compartía; era la recompensa a la humildad de su tributo. El premio consistía en llegar y dormir, curarse o dormir; descansar tal vez. Aquella intensidad resultaba imposible de olvidar. Y el reto era empezar de nuevo a caminar con el día, a tratar con gente, a conversar, junto a personas, a reflexionar, sentirse vivo...

Tampoco Inma podía olvidar lo que, junto a Eliseo, había pasado; él había luchado y no tenía la culpa, por ello lo dejó ir. Cuando él le dijo que era la ocasión ideal para completar ese viaje pendiente a Santiago, parecía disculparse.

—Quién sabe, a lo mejor hasta... —añadió ella, sugerente.

Inma también lo había olvidado, confiada en que a su marido le bastaba con los pasos cotidianos que compartir. Pero ahora comprendía que eran otras las circunstancias y podía darle la razón. Y Eliseo había respirado con alivio al escuchar su respuesta.

—Hazlo, si así lo consideras.

En el fondo a Eliseo le alegraba haber sacado algo en limpio de su actual situación; sobre todo, aquella experiencia le había servido para recuperar su antigua amistad con los libros, con la tertulia y, también, su camino perdido, los proyectos olvidados, aquellos paseos de las tardes a la orilla del río, junto a su mujer y su hijo, incluso disponía ahora de más tiempo para escribir y las palabras hilaban historias que fluían con buen desarrollo, ágiles y precisas. Cuando escribía lo vivía de tal manera que se alegraba de reencontrar el artículo olvidado, la vieja pluma, el cuaderno de notas que había soportado la lluvia o la página arrugada que esbozaba versos sueltos, supervivientes al paso del tiempo. Ciertamente, aunque parecía que se contentaba con poco, no perdía de vista el horizonte de su felicidad. Si para él bastaba con eso, no podía pretender más.

Por eso Inma respetaba su espacio y le dejaba así, volcado con concentrado interés sobre la mesa de la sala, cabalgando páginas a trote lento, constante. Ella se contentaba con verle de esa manera; antes de abrirse paso a golpe de machete y palabras, lo prefería así, concentrado con sosiego. Le gustaba ese aire de explorador, que alentaba su figura recortada al contraluz de las persianas. Ya le había contemplado muchas veces en aquella actitud, mimando sus escritos con esa impresión de amor total, de pasión encendida que, incluso llegó a despertarle celos en alguna ocasión. Celos infundados, aunque poderosos, porque le mostraban un amor más a considerar que le desafiaba, con la amenaza de convertirse aún más fuerte que ella. Y eso le asustaba, porque siempre desconfió de las pasiones que exigían una entrega total, sin condiciones. Sin embargo, Inma le dejaba seguir, giraba despacio el pomo

para cerrar la puerta y que nada le perturbara; él continuaba escribiendo, autómatamente, apenas advertía su presencia breve, discreta, tras el hueco entreabierto de la puerta acristalada. Inma no quería interrumpirle, le agradaba comprobar que Eliseo luchaba, que esa forma personal de pelear era su grandeza y que nadie más que él mismo podría entablarla y construirla.

A veces Eliseo se levantaba a horas intempestivas de la noche, tras haber debatido cuerpo a cuerpo con el inútil intento de conciliar el sueño; derrotado, pero oponiendo resistencia. Inma dormía, con una profundidad tibia, casi envidiable. Eliseo se acercaba hasta la habitación contigua, donde dormía el pequeño Andrés, para comprobar que también su sueño descansaba intacto y luego, se sentaba a la mesa, a escribir. Casi barruntaba la llegada del nuevo día cuando, un poco de antes de que clareara la estancia, una sórdida pesadez de cansancio contenido afloraba sin tapujos sobre sus párpados, con desinhibido descaro. Demasiado para su gusto, por lo que, a fuerza de repetirse la misma sensación, optó por aliviar el impacto con una asumida y continua dedicación inicial, que acabaría por convertirse en hábito.

Eliseo siempre dedicó un tiempo especial a los libros, desde que era chaval, cuando sumergirse en sus primeras lecturas le hacía regresar exhausto de vivencias y conocimiento. Comprobó, desde tempranos intentos, cómo le fluían las palabras, las frases, describiendo hechos, mundos y paisajes de un universo propio, en el que casi se podía identificar, aunque no fuera de su propiedad. Fue la experiencia posterior lo que le enseñó que, como con todo ejercicio o cualquier gimnasia, la práctica ayudaba a mejorar. Sin embargo, evitó el abuso, ese era el riesgo. También tuvo oportunidad de comprobar los estragos que podía causar la entrega a una obsesión: las ideas se desvanecían entonces, olvidando la intención original y, cualquiera que fuese el proyecto, se extraviaba en otro distinto, irreconocible, incluso opuesto o contrario al que se pretendía. El impulso entonces se debilitaba y había que parar para distinguir la nueva senda por la que continuar. Ningún escritor deseaba equivocarse.

Y ella tampoco. Inma leyó hasta la última letra y, cuando pasó la última página del manuscrito que su marido había venido escribiendo tras su despido, le quedó esa sensación definitiva que ya antes había ido experimentando durante su lectura, aunque ahora de forma más madura y rotunda. Por eso, al

leer el anuncio de aquel certamen literario en el suplemento del diario local le intrigó la idea de que la obra escrita por su marido mereciese al menos contarse entre los participantes. Ella no era ninguna experta en la materia, pero sin duda alguna aquello estaba bien escrito. Le pareció que aquellas páginas, la historia que encerraban y el modo en que estaba contada por Eliseo bien podía transformarse en un libro de los que reposaban en las estanterías de cualquier librería o biblioteca; además toda aquella sesión de tardes concentradas en el seguimiento de la historia le habían distraído, atraído y, al final, no le había defraudado. No había academicismo, ni complicados ejercicios malabares; desde la sencillez, pero con honesta profundidad, las emociones flotaban, se expresaban, invitando a ser descubiertas, a aprender sobre ellas; aparecían entretejidas en la trama de una situación, en apariencia fortuita, pero donde el lector terminaba por descubrir que obedecía a un sentido, a un por qué, muy ligado a ese mismo por qué de la lectura.

Ella era ese tipo de lectora que regresaba de su jornada de trabajo y que, una vez atendidos los deberes domésticos, o mientras tanto, buscaba ese rato personal que dedicar a algo que le distrajera o relajase; leer le gustaba. Pero no leer textos complicados ni obras largas que dificultaban seguir el hilo conductor durante mucho tiempo. Al final siempre se quedaba con el recuerdo de esa lectura que le había impactado por alguna circunstancia especial, aunque tan sólo fuese por ese momento brindado de intimidad consigo misma y que, con toda propiedad, se podía permitir llamar suyo.

No en vano el esfuerzo y dedicación que Eliseo había invertido en realizarlo merecía un tratamiento especial; no sólo le había servido de cura para sustituir la angustia inicial, recién despedido, sino también para, posteriormente, superarlo y dar nuevo rumbo a su desazón. Sí, había estado bastante ocupado a cuenta de aquel trabajo. A Inma se le vino a la mente el recuerdo de su amiga Melba, que trabajaba de administrativa en el diario local y probablemente sabría valorarlo o, al menos, asesorarla. Recogió el manuscrito del rincón de la mesa al que Eliseo le había recluido, semi abandonado, y lo guardó a buen recaudo; él no podría echarlo ahora en falta, embarcado en otra andadura. Así que una mañana Inma aprovechó la salida a la compra para realizar una copia del original que, después conservó como un preciado tesoro, para mostrárselo a su amiga en la primera ocasión que ella misma se molestó en provocar. Era lo bueno de las poblaciones pequeñas, en

Villajunco se conocían casi todos y no resultaba tan dificultoso mantener el contacto y echar mano de las relaciones de siempre. Sabían que unos podían depender de otros, lo que ayudaba a estrechar el vínculo, algo impensable en la ciudad.

Inma supo que su idea iba por buen camino porque su amiga comprendió el plan y se dispuso a ayudarla. Melba lo había entregado al jefe de edición en el taller del periódico, lo habían leído y se iban a encargarse de arreglarlo para, sin modificar el contenido, salvo algún ajuste tipográfico, poderlo presentar al certamen.

—Ha habido suerte, niña, al menos podrá participar. Vas a darle una buena sorpresa.

—No —atajó Inma—, no quiero que sepa nada antes del certamen, ¿entiendes? Cuando pase el plazo de presentación y se conozcan los resultados, entonces, descartado del premio, lo editaré en papel para regalárselo. Pero ha de ser una pequeña tirada, de pocos ejemplares, porque no puedo permitirme un desembolso grande.

—Será una buena sorpresa en todo caso, Inma. Me alegra haber ayudado.

—No sabes cómo te lo agradezco, Melba —se sinceraba Inma—. De verdad, significa mucho, sobre todo para Eliseo, que se ha volcado por entero en estas páginas durante toda esta mala racha.

Melba se comprometió en informar y avisar sobre cualquier novedad al respecto de la convocatoria:

—Tu marido no sabe la suerte que tiene, de verdad, Inma. Me alegro mucho.

—Se lo merece, Melba, créeme.

—No me cabe duda: Ya tiene su premio ganado.

—¡Y vaya regalo!

Capítulo IV

No eran las siete de la mañana cuando Eliseo abandonó el albergue de Peregrinos de El Salvador; desayunó un café con leche y un croissant en un bar del centro de Oviedo, y se puso en marcha, incorporándose al camino desde el centro mismo de la capital asturiana, al pie de su catedral. Se equivocó en la salida de la ciudad; no había seguido las conchas colocadas en el suelo y se vio obligado a preguntar. A pesar de que la indicación fue correcta, eligió la calle errónea, por lo que vino a su rescate un señor que había observado toda la maniobra. Era un ovetense, que también había sido peregrino, según le explicó, mientras le acompañaba hasta dejarle en el inicio de la senda, con lo que Eliseo apenas perdió tiempo. Todo un detalle de peregrino.

Eliseo necesitaba borrar el amargo sabor de los últimos meses, en exceso convulsos. La tarde de aquella reunión le había cambiado el rumbo, necesitaba retrotraerse a aquella cita con el gerente, que resultó ser todo un fiasco y que ahora, a solas con el eco de sus pasos, sonaba distinta en su memoria. En aquella reunión respondió correcto a la insistente premura del gerente, aunque hacía rato que ya se había percatado de que sus preguntas no eran sino una especie de bombardeo premeditado y que, a pesar de sus respuestas, no hacían sino dar rodeos sobre el mismo tema ya tratado.

* * *

Eliseo estaba cansado ese día, desde primera hora de la mañana había estado trabajando duro, haciendo frente a los compromisos que tenía citados con clientes, improrrogables, a pesar de la visita repentina de su inmediato superior, que se presentó de improviso. Habían comido juntos, de manera un

tanto frugal para hacer frente cuanto antes a las materias de trabajo pendientes y, a continuación, se dirigieron a la habitación del hotel donde el gerente se hospedaba y tenía programada la reunión sólo para ellos dos. Eliseo había llevado el portátil y los informes que, a petición suya, conformaban el eje del trabajo en esa tarde. Ya habían transcurrido más de tres horas y seguían dando vueltas en torno al mismo punto; a pesar de su buena voluntad, no conseguía que el gerente diese por zanjada la situación y volvía sin descanso sobre lo mismo. El tono de la conversación subía y, aunque él trataba de mantener el hilo conductor del diálogo dentro de los cauces normales, la dificultad crecía porque la determinación del gerente se mostraba inflexible, casi obsesionada por martillar lo que parecía debía de convertirse a la fuerza en un problema.

—Yo no quiero problemas, no trabajo para eso. Insisto que soy responsable de ese producto desde hace apenas un año y que llevo otros seis productos, cuando mis compañeros sólo trabajan dos cada uno —se excusaba Eliseo de forma lógica.

—¡Ya estamos con la disculpa histórica! —farfulló el gerente, sin dar tregua al embrollo.

—Es la verdad, ese producto nunca fue bien, ni siquiera antes de pasar a mi responsabilidad. ¿De qué datos se dispone anteriores a trabajarlo yo?

—¡Eso no me importa!

—Pues a mí sí, porque demostrarían la realidad de lo que estoy diciendo.

El gerente atacó sobre otro tema, estaba claro que aquello era otra maniobra de acoso sistemático. Sin resolver una circunstancia adversa se afrontaban otras y, al final, el acúmulo de obstáculos era tan grande que, aunque no existiera problema alguno acababa por aparecer.

Esta vez el gerente se centró en el informe de evaluación que se realizaba cada año. Era el segundo que hacían, el propósito era que sirviera para que jefe y delegados sintonizaran y llegaran a acuerdos en un ambiente dialogante, de trabajo en equipo. Sin embargo, el modo de abordarlo distaba mucho de tal intención, pues el gerente estaba rellenando las casillas de cada apartado sin preguntar al delegado. En voz alta leía lo que iba transcribiendo al informe:

—¿Conoce a los clientes? Insuficiente... ¿Conocimientos técnicos de la

competencia? Insuficiente... O mejor: deficiente.

Estaban los dos solos en la habitación, sentados a la mesa; el gerente cogía el bolígrafo de Eliseo, que no salía de su pasmo cuando, delante de él, llenaba de improvisadas equis la hoja del informe...

—Eso que pones, ¿es lo que tú piensas? —preguntó Eliseo en un dificultoso tono conciliador, pero sin perder la compostura.

—¡Pues claro!

—Pues no estoy de acuerdo, no me parece correcto.

—¡Me importa tres carajos!

—No lo voy a firmar, puedes poner lo que te dé la gana. —Eliseo contestaba firme, con la tranquilidad de quien tiene la verdad de su parte.

Otra vez la reunión alcanzó un punto álgido de combustión. Parecía que cuánto más optaba por suavizar los ofensivos detalles del gerente más se alejaba de su objetivo. El gerente iba consiguiendo pequeños logros; ceder la tensión iba tornándose ya casi imposible, así que volvió sobre otro punto escabroso, aunque repetido con impertinente insistencia.

—¡Ese producto es sólo tuyo y no me vale la disculpa histórica! ¿Hablas a los clientes de la marca?

Eliseo distinguía la intención de aquel tipo de preguntas diseñadas de acuerdo a un patrón previo cuyo objetivo se adivinaba provocador. Se esforzó de nuevo por mantener las formas, intentando mediar.

—Por favor, estoy cansado. Llevo cuatro horas dando vueltas sobre lo mismo y mi respuesta no va a cambiar la situación, ¿qué quieres que te diga?... Después de doce años en esto, ¿crees que no hablo a los clientes de las marcas? Si esto va a convertirse en un problema es mejor dejarlo. No podemos lograr todos los objetivos porque seríamos unas máquinas, llevo un año con ese producto y ambos sabemos que es poco tiempo, además todo el esfuerzo se lo ha llevado el lanzamiento del nuevo fármaco y las tareas de copromoción. Puedo decirte que lo voy a intentar, si quieres mañana seguimos y, así por hoy, solucionamos el tema.

Aunque los argumentos a favor del diálogo esquivaban todos los obstáculos

interpuestos, no bastaban para aquel gerente empeñado en llevar la situación a un terreno beligerante. Ante lo inútil de sus ataques, el gerente dio señales de desesperación, comenzaba a inquietarle aquella situación en exceso prolongada, sobre todo, comprobar que no avanzaba, que aquel delegado con sus dotes de negociación nunca se rebelaría físicamente contra él; no, con la palabra y argumentos no podría derrotarle, había que cambiar de táctica. Se puso en pie y se acercó a la puerta del aseo, mientras simulaba que hablaba por el teléfono móvil. ¿O estaba de verdad hablando con alguien? Ciertamente, Eliseo se sentía sobre ascuas, no sabía a qué atenerse. Luego, el gerente pasó a la acción, había agotado ya todas las posibilidades, no quedaba otro remedio que recurrir al acoso físico y ahora estaba dispuesto a infringirlo. Eliseo permanecía sentado, a la espera de vislumbrar cómo acabaría aquella inusual situación; nunca antes le había ocurrido nada parecido en su andadura laboral, en donde normalmente sus palabras transmitían un sentido de equidad, que evitaban no sólo males mayores, sino incluso pensar en ellos. Pero aquello era nuevo, un gerente que se le echaba encima, con su rostro amenazante, tal vez buscando la provocación que sacara su lado salvaje o agresivo, para así ponérselo más fácil, pero nada. Aquello era lo que enervaba al gerente, que no le atacaba, que no tenía pruebas ni motivos para echarle en cara; carecía de excusas para acabar con él como se había propuesto, así que no quedaba otra salida que inventarlas y mentir. El delegado comenzó a percibir el peligro, sí, aquello ya era otra cosa, estaban ahí por causas de trabajo, ni podía imaginar que todo derivase en algo agresivo o insostenible. Eran personas civilizadas, adultas, donde las palabras se utilizaban en pro de la comunicación y para entenderse o, en el peor de los casos, para callar. Pero aquella situación ya estaba desbordada, Eliseo había estado tratando durante toda la tarde de que no se le fuera de las manos, pero la obsesión del gerente quedaba patente, ni quería ni le interesaba la paz. Sólo quedaba por descubrir en qué derivarían todas aquellas circunstancias sacadas de su sitio... Entonces sintió la amenaza, la presión del gerente se había tornado tan física como real; con juramentos y movimientos acechantes, rápidos y cercanos, se aproximaba a él, lo intimidaba. Eliseo sintió por primera vez peligrar su integridad, una señal de alarma se encendió en su interior, aquella situación no era normal y podría ocurrir cualquier percance... No sabía por qué lo hizo, tal vez un efecto instintivo de defensa o tal vez presintiendo el desenlace inminente del peligro físico, pero levantó el dedo índice levemente, en señal de advertencia,

tratando de musitar algo que no llegó a pronunciar.

El gerente por fin había hallado algo que le serviría, no podía perder más tiempo, se incorporó de su asedio y, firme, le espetó en tono despótico:

—¡A mí no me amenaza ni dios! ¡Coge tus cosas y sal de la reunión! —dijo señalando la salida.

Acto seguido le acompañó hasta la puerta, atravesaron juntos el pasillo y montó con Eliseo en el ascensor para descender hasta la planta baja; tan encendido estaba por la situación que no vio a Josu Carranzo, el otro compañero que estaba sentado enfrente, esperando su turno para la reunión y siguió, escaleras abajo, hacia los servicios de la cafetería.

Al pasar frente al compañero, Eliseo trató de ponerle sobre aviso con un breve comentario:

—¡No sé qué le ocurre! ¡Está loco, me ha echado de la habitación!

Luego salió a la calle, bordeó un gran charco y agradeció no haber traído el coche; le vendría bien andar hasta la estación de trenes para recapacitar sobre lo sucedido. De regreso, ya sentado en el asiento del vagón, que le llevaría a la cercana población de Villajunco y que le dejaría a la puerta de casa, su mente no cesaba de dar vueltas. Algo le decía que aquello era muy grave, que no podía traer consecuencias buenas. Sabía el tipo de acusación que su gerente podía esgrimir contra él, le parecía inverosímil que aquello pudiera suceder, que le acusaran de utilizar la violencia, sobre todo a él, para quien las palabras y la capacidad de diálogo sobaban con mucho cualquier informe de evaluación. No le cabía duda ya de que todo aquello formaba parte de una estratagema. La fusión se había realizado dos años antes, pero, ahora se dejaban notar las medidas tomadas. El interrogante entonces consistía en conocer si existía un precio o, si acaso, no se arredrarían a la hora de eliminar cualquier obstáculo.

Capítulo V

Pero, aunque el grueso de la tormenta había pasado, no ocurría otro tanto con sus efectos secundarios. Atrás había quedado la denuncia y el juicio, pero aún faltaba por madurar el tiempo gris de los días infructuosos en busca de un nuevo empleo; por eso estaba allí. Eliseo caminaba con la sensación cercana de que la senda, al igual que la solución, siempre habían estado ahí, consciente por tanto, de que se unía a otros pasos, a los de gentes que venían caminando de lejos, que comenzaron muy atrás el viaje y ante quienes, por deferencia entre peregrinos, tenía que explicarse, porque él venía de otras etapas, pero de la misma dirección; y acababa de empezar no la última, sino una nueva. Pero sólo deseaba caminar, era a lo que había venido, no a dar rodeos ni a perderse. Así, el paso, tímido en un principio, ganaba en confianza y solidez con el recorrido.

No había hecho más que atravesar el puente sobre el río Nora cuando se encontró a los primeros caminantes. Enseguida comprobó que, en el tramo que se adentraba hacia Las Regueras, había un grupo bien diferenciado, liderado por un barbudo canoso, de voz aguardentosa, que hablaba y gesticulaba en exceso, entre risas burlonas y aspavientos. Más tarde se enteraría de que le llamaban Fonso, un director de recursos humanos, por lo visto, que hacía el camino junto a miembros de su equipo. La mujer que iba a su lado se llamaba Pilar, no era su esposa, porque Eliseo oyó que estaba separado, sino que formaba parte de su departamento; se notaba una cierta tensión, una competitividad declarada que obligaba a guardar una apariencia poco natural, que delataba conductas fingidas. La misma impresión desprendía el resto de los integrantes de su grupo, dos chicas y un chico delgado al que llamaban Villalobos, menos beligerantes, sin duda, subordinados, a quienes importaba menos la batalla por ascender en el escalafón. Sin embargo, todos le reían las gracias a Fonso, que abusaba de su posición jerárquica y se crecía. Eliseo

observaba a media distancia, porque deseaba mantenerse alejado del ruido que le imposibilitara concentrarse en el silencio que necesitaba; y también debido a ese silencio, potenciador creativo, que su experiencia de escritor había descubierto como fuente de conocimiento, un billete de entrada al reino de la inspiración que no deseaba perder de vista. Por eso, apretó el paso, aceleró la marcha para dejar atrás al molesto grupo y caminar a solas, distraído en sus propias cavilaciones.

El primer sello lo estampó en el pueblo de Tamargo, parada obligatoria, aunque fugaz, dada la inminente aparición del grupo de ruidosos, al que había logrado adelantar minutos antes. Eliseo ponía tierra de por medio otra vez; por delante, rebasado El Escamplero, distinguió una larga melena y la guitarra que sobresalía de una mochila. Cuando Eliseo llegó a su altura agradeció que el muchacho le saludara. Se llamaba Rainer, un alemán que vivía en Granada aprendiendo guitarra flamenca. Le chapurreó a Eliseo que tenía seis guitarras más, la que llevaba no era la mejor, se entendía que debido a las posibles inclemencias del tiempo durante la ruta. Hablaba resuelto un español imperfecto, pero suficiente para defenderse. La guitarra era su mundo, le explicó que para tocarla se necesitaban ocho horas diarias, como en cualquier otro trabajo; era una profesión. Llegaron a Guardo en cordial camaradería y compartieron un plato combinado en la terraza de una céntrica cafetería. Esa tarde, Eliseo tuvo ocasión de escuchar la guitarra del alemán, un alarde de técnica y armonía.

Allí todos los comercios cerraban en lunes, ya que había mercado los domingos; compró algo de avituallamiento para la cena y prosiguió camino. Todavía compartieron algunos kilómetros más de camino hasta el albergue de San Juan de Villapañada, casi cuatro kilómetros más arriba. Por el camino se les unieron Manel, un gigantón de Tarragona, e Israel, un chico de Madrid. Pero Eliseo lamentó que el alemán continuara la marcha hacia el albergue de Cornellana, en la población vecina. Para Eliseo, sin embargo, el último repecho en cuesta había resultado excesivo en su primera etapa y acusaba el esfuerzo; prefería dosificar fuerzas, por lo que contempló alejarse al alemán a grandes zancadas con cierta tristeza; le gustaba ese tipo de personas con el don de amar lo que hacían y capaces de atreverse a hacerlo, que emanaban esa atracción, sí, digna de admirar.

Una niebla y una llovizna incómoda lo invadía todo y Eliseo se alegró de llegar al albergue; encontró sitio, pero al poco se había llenado por completo. Cuando llegó el hospitalero, Jesús, un hombre amable y solícito, selló las credenciales y les instruyó sobre las etapas futuras del camino. Seguían llegando peregrinos; algunos dormirían sobre colchones, que Jesús habilitó en el suelo; a otro, el mismo hospitalero se prestó a trasladarle al próximo albergue de Cambrurriana. Todo completo.

Antes de acostarse, Eliseo tomó unas notas sobre el viaje, ante la mirada curiosa de algunos de los peregrinos. Sí, él escribía, no estaba dispuesto a perder el hábito; al contrario, aquel camino iba a servirle para retomar la dirección de las palabras. No obstante, esa noche, acostado en la litera, todavía trajo a su mente el recuerdo de aquellas últimas tardes en su casa, en que pasaba páginas y escribía, regular, premeditado, aprovechando la marea de palabras e ideas que, en ese preciso instante, parecían avenirse a entablar acuerdos, pactos de trazo invisible que, a media voz, le susurraban al oído el acontecer de una historia que podían ser muchas, pero que, sobre todo, no era otra sino la suya propia.

Tampoco era la primera vez que lo hacía así, escribir desnudo en casa; de alguna manera consideraba que había que despojarse de lo superfluo y, en aquel momento, necesitaba desnudarse, liberarse no sólo en sentido figurado sino real, convertir aquel hecho en algo auténtico. Sin disfrazar ni falsear siguiendo ágil el camino abierto entre renglones, adivinado entre la espesura de frases, sorteando baches de tachones y obstáculos, de números cifrados y flechas que subrayaban círculos, al tiempo que dibujaban trayectos vírgenes en un universo inventado, ficticio, aunque tan verdadero y real como las bocinas estridentes de los coches que lograban atravesar el grueso del doble acristalamiento que protegía el silencio de la habitación; tan real como el portazo seco que, al otro lado de las paredes vecinas, delataba una corriente de aire, ignorada o despreocupada, evitable, pero consentida. Tan real que le permitía adentrarse por veredas ignotas, de horizonte remoto, donde la preocupación por el ritmo de los pasos obligaba a contener la respiración y, a la vuelta de cada recodo, la diosa sorpresa le deparaba regalos de letras vestidas con emociones nuevas. Eliseo se sumergía entre bocanadas de probables sendas, esperanzado, guiado por la mano maestra de las palabras en un intento aventurero de trazar el perfil de un sentimiento, una desazón, el

mapa intrínseco de una sensación que dejaba así de permanecer ajena, sin misterio.

Estrenaba entonces una nueva hoja en blanco y proseguía su fluir limpio de frases, hasta que por fin se imponía el alto, apenas un descanso en el camino que, ni siquiera él mismo conocía cuánto tiempo iba a durar. Alzaba entonces la vista al techo, iluminado por la tenue lámpara de la sala; buscaba asideros de palabras que le ayudasen a escalar aquel pozo excavado en la sórdida negrura de la incomprensión. Observaba las sombras entre los muebles, la lámpara de pie, el cuadro que presidía la pared, el trazo certero y áspero de los nenúfares que flotaban en el lienzo de Monet; observaba el bolígrafo que sostenía entre los dedos y que apoyaba en la frente, con gesto inspirador, a la espera de que el mágico ritual invocara a los dioses de las letras y atrajeran el don que hermanaba el orden a la luz, pero la respuesta casi siempre se resistía. Trataba entonces de imaginar más allá, se ponía en su piel, en la del ejecutor de la ofensa, concediéndole así al agresor el beneplácito de la categoría humana que había osado despreciar. Pensaba que, para él, se trataba de un precio demasiado caro y, por unos instantes, se preguntaba tantos porqués, que su atrevida curiosidad acababa por alcanzar el objetivo y surtía el efecto deseado y, de nuevo, se aprestaba a escribir, imbuido por aquella urgente necesidad de no perder el hilo de la historia.

* * *

Eliseo recordaba cómo, al llegar a casa, Inma supo enseguida que algo había ocurrido; le encontró sentado, con el rostro hundido sobre la mesa, escribiendo, como en tantas otras ocasiones, pero ahora estaba desnudo, algo raro pasaba. Eliseo ni se volvió, debía de ser de verdad importante lo que le mantenía tan enfrascado. Así que Inma, primero, llenó el baño para el crío y le dejó jugando en el agua, para después poder indagar el estado real de la situación. Se acercó a su marido desde atrás, envolviéndole con un abrazo lento...

—Ya que no saludas tendré que hacerlo yo. ¿Pasa algo?

Conocía a su marido lo suficiente para saber que aquello bastaba para

poner en funcionamiento todo el engranaje encargado de actualizar lo acontecido y así fue. Eliseo le contó con todo lujo de detalle el resultado de la fatídica reunión de aquella tarde, le había estado esperando con ansia para volcar toda la impotencia contenida que aquella emboscada laboral le había supuesto y que amenazaba con alterar el ritmo cotidiano de sus vidas. Pero ahora que tenía a Inma delante prefería no alimentar más aquel monstruo que amenazaba con quitarles la seguridad por la que tanto se habían esforzado en los últimos años; el chiquillo aún era pequeño y no deseaba que nada perturbara la estabilidad edificada hasta la fecha.

No era nueva aquella situación, ya antes se había enfrentado a la ardua misión de volver a comenzar de la nada, le sobraban ejemplos, aunque aquella, la más reciente, era la que más le dolía. No escuchó las palabras de Inma que invitaban a una calma artificiosa, más cumplidas que reales, que no encajaban ni con él ni con el momento; ignoró sus frases hechas, aunque vinieran con la mejor de las intenciones. Ella había sido siempre su asidero y, por el mismo motivo, decidió que nada merecía la suficiente consideración para cambiarles. Por ello volvió de nuevo sobre sus escritos, como si nada hubiera más importante, ni siquiera la nueva situación que ahora planteaba su inmediato despido.

Levantó un breve instante la mirada del papel antes de entregarse con ahínco a la tarea, por placer, nadie le obligaba, tan sólo recordar la rueda de la historia, pescar al vuelo el instante a partir del cual izarse de nuevo hacia adelante. Era su terapia, aunque en ese momento él no actuaba como si lo supiera, sino que de manera inconsciente lo buscaba. Se retrotrajo a los años en que anduvo fuera de casa, de su ciudad, cuando no conocía las ataduras de familia, sin bocas ni vidas de las que responsabilizarse. Tampoco entonces todo fue más fácil por esta razón, no, de serlo se debía al desconocimiento, a la valentía que proporcionaba una aún temprana irresponsabilidad. Sin embargo, ahora era distinto, se trataba de mantener en equilibrio la libertad conseguida, no era solamente su vida lo que estaba en juego.

Mientras Inma preparaba la cena, en la cocina, Eliseo había continuado escribiendo; todavía no había conseguido relajarse, pero al menos recordar le ocupaba todo el espacio, toda la mente, ni un resquicio siquiera para dejar que el daño surtiera efecto. Inma entró en la habitación, muy a su pesar, pero le

llamaban al teléfono. Era su compañero, Josu Carranzo, el pelma de Josu. Tampoco era coincidencia que llamase a su casa —nunca antes lo había hecho—, precisamente acto seguido al reciente altercado con el gerente y, en efecto, su sospecha fue cobrando forma a medida que conversaban.

—La verdad es que me choca bastante en ti —Josu se refería a los comentarios que el propio gerente le había transmitido—, no va acorde con tu carácter.

—Bueno, verás, es una situación muy grave para mí, Josu, sobre todo porque se trata de una mentira. En aquella habitación estábamos solos los dos y no existe testigo alguno que pueda terciar en favor de uno u otro.

Eliseo trataba de explicar del modo más gráfico y natural lo que a todas luces revelaba una trama de aviesas intenciones, cuyas consecuencias no podían ocultarse y que consideraba de un ataque flagrante contra su persona. Josu hizo la reunión con el gerente cuando Eliseo marchó del hotel, a continuación; sin embargo, según las palabras de su propio compañero, apenas duró media hora todo lo que tuvieron que tratar de trabajo. Tampoco a Eliseo le importaba demasiado el criterio con que Josu pudiera evaluar su comportamiento, ya que su compañero no era un dechado de virtudes sino, al contrario, de talante altivo y vil, enarbolaba el estrecho margen de su vocabulario con modos sobrecargados de una desagradable agresividad; pero a Eliseo le importaba dejar su imagen limpia, en exceso asediada por situaciones extrañas y comprometedoras, en los últimos tiempos. Aunque nunca lo hizo, bien podría haberse jactado de lidiar con un compañero tan incómodo como Josu, imprevisible y peligroso, pero era una de sus muchas habilidades: lograr esquivar o capear las tormentas que provocaba el compañero con quien había de trabajar y, al mismo tiempo, dejar el trabajo bien hecho. Siempre había creído que Josu le respetaba por el mérito de esa maniobra que, de forma indirecta, también velaba por sus intereses, sin generar problemas ni mal ambiente. Pero Eliseo era consciente de que trataba con fuego, la fama peleona de Josu era conocida entre los profesionales del sector y, además, no precisamente bien reputada.

—Insisto en que no me cuadra en ti una conducta así, Eliseo —Josu continuaba sondeándole por teléfono—, pero lo que hayas hecho es tu problema, ¿entiendes? Si amenazaste al jefe o faltaste a esa reunión.

—¿Qué reunión, Josu? —Eliseo interrumpió a su compañero. Era la primera vez que oía algo referente a una reunión a la que él no hubiera asistido —. ¿A qué reunión te refieres?

La voz que al otro lado del teléfono le respondió no parecía tener nada que ver con el compañero ni con la conversación que habían mantenido hasta ese momento. Josu le increpaba en voz alta, con un tono exagerado de amenaza:

—¡A mí no me insultes!, ¿oíste, Eliseo? No te consiento que me amenaces ni me grites —Eliseo escuchaba perplejo la transmutación que, al otro lado de aquel espacio invisible, había sufrido su compañero, como si se tratase de otra persona, de otra conversación ajena. Sin embargo, enseguida captó la intención que subyacía en el fondo de aquella traición, de aquella interpretación ensayada y, pausado, reaccionó con una calma controlada:

—Josu, voy a colgar. Te aviso para que luego no digas que te he cortado — el compañero, sin embargo, proseguía aireando a voz en grito toda una retahíla precipitada de acusaciones infundadas, con su habitual tono de prepotencia, ahora aún más exacerbado.

Eliseo colgó, más preocupado ahora, tras comprobar que su maniobra de controlar al loco de Josu no había dado resultado; sin duda, los problemas iban creciendo en progresión geométrica. Inma le escrutaba el gesto cuando le contó la transfiguración del compañero, la actuación en vivo y en directo de una auténtica mascarada, la representación de una farsa orquestada en toda regla. Nunca sospechó la disparatada magnitud de una escenificación tal, que teatralizar una traición pudiera resultar tan descarada y real, casi dolía de real; sí, dolía.

—No me gusta nada el cariz que toma este asunto.

—Cuidado, Eliseo. Un cómplice... —alertó Inma.

—Sí, maldito traidor.

El teléfono siguió sonando, era Josu que insistía en llamar.

Ambos se miraron:

—No lo cojas —le dijo ella.

Eliseo asintió.

Capítulo VI

La lluvia y la niebla que aparecieron la tarde anterior, persistieron al segundo día, al salir de San Juan de Villapañada, algo inevitable en el camino, sobre todo adentrado en aquellas tierras tan verdes. Los senderos entre el bosque se habían embarrado; agua y barro, una mala mezcla, que obligaba a reacomodar el paso para evitar los resbalones y la caída imprevista.

Eliseo hizo un alto para socorrer a una chica que, con el pie descalzo, se quejaba de una enorme ampolla, dolorosa, que amenazaba con estallar. La muchacha se llamaba Ester y accedió a que Eliseo le ayudara; calentó una aguja y perforó la bolsa de líquido, que salió y alivió la molestia. Ester era psicóloga, había venido con su hermana, Concha, que era sordomuda; Eliseo contemplaba absorto cómo se explicaban por signos con sus manos. Eran mellizas, aunque no se parecían en nada: Ester era alta y delgada, aunque era la menor, nació diez minutos después que Concha, la mayor, más baja y rechoncha, de ojos saltones. Venían de Alicante, de un lugar llamado San Juan de los Reyes, estaban en paro y necesitaban ocupar el tiempo con algo enriquecedor. Ester mostró su agradecimiento a la ayuda prestada por Eliseo y prosiguieron juntos lo que quedaba de camino hasta Salas, el siguiente hito en su objetivo.

Llegaron pronto, sedientos y ávidos de llenar los estómagos con algo sólido. La sobremesa se extendió sin darse cuenta, entretenidos ante unas botellas de sidra y, aunque la tarde aún no había caído, les dio tiempo para merodear por los alrededores del pueblo, aprovechando que el sol hizo acto de presencia, sustituyendo a la llovizna que imperó durante toda la jornada. Una pareja le pidió una foto frente a la entrada de la colegiata de Salas; después insistieron en hacerles a ellos también una fotografía de recuerdo. Se trataba de una pareja de sesentones, ya jubilados, Luisa y Senén, que se habían

incorporado a la ruta desde Burgos, pero que se tomaban el trayecto con mucha calma y cuidado. Caminaban despacio, en etapas cortas y nunca dormían en albergues; siempre se procuraban un alojamiento más cómodo, sin importarles que resultase menos económico.

—La experiencia es un grado —aseguraba Senén con gesto pícaro—, pero los años son una faena, por no decir...

—¡Senén, por favor! —exclamaba Luisa alarmada, interrumpiéndole la frase.

Ester, Concha y Eliseo reían. Se dejaron guiar por la simpática compañía de la pareja, que les mostraron el palacio y la torre medieval, incluido el museo que albergaba en su interior, mientras les prodigaban el regalo de una erudición elaborada, aportando detalles de algunos otros lugares de interés que visitar en aquellas pequeñas, pero interesantes poblaciones. No obstante, ya anochecía y el tiempo apremiaba, si querían ganar terreno y descansar y, tras despedirse de la amable pareja, Eliseo y las mellizas cargaron de nuevo con sus mochilas en dirección al albergue. Tanto deleite de cultura había acabado por pasarles factura y no les costó demasiado caer rendidos a una jornada intensa.

A la mañana siguiente Eliseo se despertó muy temprano, a su pesar, tal vez demasiado silencio para tanto que obviar. Parecía que una mano invisible se empeñaba en devolverle al ingrato momento de aquella tarde aciaga, ¿designios de los hados? Tal vez la terapia funcionaba así, tenía que repetir una y otra vez, hasta la inmunidad. Pero ya no le hacía el mismo daño, no se sentía igual.

Ya no era aquel Eliseo que tenía organizada una charla de trabajo con un grupo de clientes, a los que había invitado meses atrás; después iban a compartir una cena que se molestó en reservar en un restaurante privilegiado de la ciudad, a la que asistiría también su gerente.

—Creí que hasta la tarde no tenías la reunión —había sopesado Inma.

—Bueno, ya sabes, a obedecer tocan —disculpó Eliseo, en un intento de prepararse para cualquier tipo de imprevisto—. Me marchó ya, no hay tiempo para mucho.

—Ten cuidado —Inma le despidió con un beso rápido.

Eliseo había aparcado sin dificultad en las inmediaciones del hotel; era pronto aún y paseó por los alrededores, para hacer tiempo, sin alejarse demasiado. De improviso distinguió la figura de su jefe que, cargado con un bolso de viaje de color verde caqui, cruzaba la calle y entraba de forma apresurada en el vestíbulo del hotel en el que habían quedado. Cuando entró al salón no encontró a nadie, así que se acomodó en uno de los sillones y acercó uno de los periódicos locales, que reposaban en una mesita baja. Eran las cuatro pasadas de la tarde cuando apareció su gerente que, con un gesto de cabeza, le instó a que le siguiera hasta los ascensores; subieron a la primera planta y le siguió hasta el interior de una de las salas que reservaban para reuniones. En el pasillo, junto a la entrada, reconoció a uno de sus compañeros conversando con una supervisora jefe de la misma empresa. Tampoco le sorprendió que contestaran a su saludo y aceptaran con naturalidad su presencia. Una vez dentro, sin embargo, la atmósfera de la sala, vacía, sin muebles apenas, presagiaba una extraña tensión, que enseguida explotó activada por el gesto impositivo del gerente.

—Toma. Parece que algo no te quedó claro en la reunión del otro día — espetó, mientras le tendía una hoja de papel, que Eliseo recogió expectante.

—¿Qué es?

—Léela y firmala —contestó tajante el gerente.

Eliseo comprobó al instante que se trataba de una apertura de expediente disciplinario; le acusaba de agresión con violencia y, en calidad de inmediato superior, el castigo imprimido consistía en una suspensión del sueldo equivalente a un mes de trabajo. Eliseo tuvo conciencia, a medida que seguía leyendo, del calibre de la acusación y del castigo y, sobre todo, del cariz que tomaban los acontecimientos.

—Esto tengo que consultarlo con mi asesor —acertó a contestar.

—Si no firmas ahora mismo mando pasar a los testigos —amenazó el gerente.

Eliseo comprendió de inmediato el sentido de la presencia en el pasillo de aquel compañero con la otra gerente.

—Que entren, si lo prefieres, pero hablaré ahora con mi abogado —Eliseo echó mano al teléfono móvil, que extrajo del bolsillo interior de la americana y, sin mayor inconveniente, marcó el número. El jefe, aturdido por la maniobra inesperada, se apresuró a salir de la sala para dejarle hablar a solas.

Eliseo expuso a su abogado la situación en que estaba emboscado y, a instancias de este, le leyó el contenido de la hoja escrita. Cuando finalizó la lectura el abogado le aconsejó que firmara con la palabra “no conforme”, que pusiera la hora junto a la firma y que lo entregara. Al salir de la sala, halló al gerente en corrillo, junto a los otros dos miembros de su empresa; le tendió la hoja firmada y todavía sacó resuello para preguntar:

—¿Algo más?

—A la noche tenemos una charla y una cena, hasta entonces.

—Allí estaré.

Eliseo salió del hotel en dirección al gabinete de su asesor, tenía asuntos urgentes que resolver; quiso andar deprisa, pero parecía que las piernas no obedecían a su impulso, le dolían los gemelos y sudaba mucho, nervioso, con la extraña sensación de que no podía acelerar el paso más de lo que pretendía. Su preocupación, lejos de atenuarse en presencia del asesor y del abogado, se acentuó cuando, en un intento por calmarle, le explicaron que estos hechos eran bastante habituales; se trataba de maniobras de las empresas para eliminar a trabajadores sobrantes o no deseados. La fusión lo explicaba todo. No quedaba otra opción sino demandar a la empresa, ya que, en caso de acatar el castigo, sería probable que se repitiera la medida con intención de desprenderse del empleado al tiempo que hacerle perder dinero. El asesor le preguntó por las acusaciones y Eliseo negó su veracidad: él no había atacado a su gerente, ni siquiera a punta de bolígrafo, ni tampoco había anulado reuniones de trabajo con clientes que tanto tiempo le habían llevado organizar. Eran dos faltas graves, por lo que, según la ley vigente, con otra falta inventada más, la empresa tendría manos libres para emitir un despido procedente, de manera que el trabajador no tendría derecho a cobrar ni un solo céntimo de los que le correspondían, después de doce años en el puesto. A Eliseo le costaba dar crédito a lo que escuchaba; las tornas habían cambiado de estar dedicado al puro trabajo, hasta el punto de tener que defender los derechos, que ahora pretendían arrebatarse y que se había ganado en cada día

transcurrido dentro de aquella compañía. Desde luego, pensó, que las cosas no debían de andar nada bien cuando había que recurrir a estas sucias argucias.

Le preocupaba, por otra parte, hacer frente a la otra cita más inmediata, su cena de trabajo de esa misma noche y la conferencia previa, acompañado del gerente que le había metido en aquel embrollo; no quedaba otro remedio que capear el temporal del mejor de los modos, es decir, aguantar durante toda la velada con el puñal clavado en la espalda, en presencia de los clientes, que le conocían y de los que se había granjeado la confianza en todos estos años de serio trabajo. Se despidió del asesor, que se había puesto de inmediato manos a la obra, preparando la documentación pertinente para la demanda, y se dirigió al domicilio de Rafael Urueña, su médico y amigo. Nada más mostrarle el expediente abierto, Rafa no dudó en ayudarle para tomar medidas con las que resolver la situación:

—Te lo han puesto muy feo, tienes que defenderte —arguyó el médico—. Pásate mañana por la consulta, necesitas una baja por ansiedad.

Eliseo seguía sin querer creer que aquellas situaciones sucediesen y se provocasen, pero si de verdad eran habituales, a él hasta ese momento le había sonreído una diosa fortuna que ahora acababa de abandonarle. Desde luego las perspectivas de futuro se difuminaban, nada halagüeñas.

* * *

La charla y la cena de trabajo se desarrollaron dentro de unos límites normales de corrección. La docena de asistentes, entre ellos el propio gerente de Eliseo, bromearon durante la cena, mientras trataron temas profesionales con el rigor preciso que requerían, ajenos a la encerrona que a él le tenía atrapado. A Eliseo le hubiera gustado, en aquel momento, exponer en alguna especie de lenguaje o idioma secreto el peligro que se cernía sobre él y avisar, de alguna forma, a sus estimados clientes, del difícil equilibrio de su situación y lo incierto de su futuro a partir de aquel instante. Pero hasta el último minuto hizo acopio de toda la entereza de la que disponía y aguantó el tipo, incluso al despedirse uno a uno de sus clientes; sólo al finalizar la incómoda reunión de trabajo se quedó a solas con el gerente, quien resumió toda la intencionalidad

de su maniobra con un simple deseo que a Eliseo le pareció fuera de lugar, pero que aclaraba el estado de guerra declarada...

—Que pases buen fin de semana.

—Adiós.

Eliseo ni siquiera se molestó en tenderle la mano, no se lo merecía. Casi sin volver la vista, cruzó de acera para dirigirse en busca de su automóvil y regresar a casa. La noche helada le despejó la mente y, con una fría lucidez, que incluso a él mismo le habría sorprendido en otra situación, pensó que, en aquella tierra de nadie a la que le habían empujado, él no disponía del mismo armamento que sus declarados enemigos.

* * *

Esa mañana Eliseo casi que agradeció que sus compañeros de camino fuesen poniéndose en pie y salieran de Salas, casi a hurtadillas, por debajo del arco que la noche anterior habían visitado con ilusión de turistas, aunque ahora sin rastro alguno de la pareja que les sirvió de guía. Acometieron la planicie que les desafiaba por delante y, superados los primeros repechos, se dejaron embelesar por el panorama grandioso del valle. Cuando atravesaron El Pedregal con las botas empapadas por los riachuelos que surcaban el camino, creyeron entender el porqué de su nombre, convertido en un verdadero barrizal a raíz de las últimas lluvias.

La tarde también amenazaba con agotarse cuando entraron en Tineo; decidieron acercarse a cenar al único bar de comidas del pueblo abierto todavía a esas horas, pero lo encontraron abarrotado de gente. El grupo del director de recursos humanos había juntado un par de mesas que quedaban libres en el local y ocupaban el único espacio disponible. El resto de peregrinos o visitantes en pie apenas dejaban sitio para entrar o salir del minúsculo establecimiento. Eliseo intentó llegar hasta el mostrador para hacerse al menos con un par de bocadillos, pero tardó lo indecible. Apretujado y estrujado, durante la espera, pudo escuchar y atender a los gritos a los que ya les tenían acostumbrados los miembros del equipo de Fonso, que

era la única voz que se escuchaba por encima de todas las cabezas en aquel atestado lugar.

—Y sólo se le ocurre llamarme por teléfono y preguntarme que por qué le hemos acusado de haber utilizado un cuchillo para amenazar al jefe —Fonso relataba los detalles en voz alta—. Pues porque un hacha no es lo que suele llevarse a una reunión, le contesté.

Y el director de recursos humanos explotaba en una estridente carcajada, a la vez que sacaba la lengua y elevaba los brazos en gesto simiesco, mientras el coro de risas desafinadas de sus compañeros subordinados acompañaba la burla.

Eliseo no entendía cómo alguien podía alardear de ese tipo de hazañas a voz en grito. Aquella situación le resultaba paradójica, un director de recursos humanos jactándose de sus fechorías, de las injusticias a personas a las que había tenido que despedir a la fuerza y con métodos sucios, como si fueran logros; no era el mejor ejemplo de un peregrino en penitencia. Pensó que a algunos les quedaba aún mucho camino que recorrer y agradeció el instante de abandonar el tumulto del bar, no quería ese tipo de compañía. No hacía mala noche y la temperatura permitía sentarse al fresco a contemplar el mayor cielo estrellado que nunca Eliseo había presenciado. Afuera, junto al monolito de la plaza, Ester y Concha estaban conversando con otro grupo de caminantes que peregrinaban en sentido contrario, de regreso de Santiago, según explicaban. Eliseo se acercó a ellos, animado por el saludo con que le invitaron a unirse.

—Ahí dentro no hay quién aguante —sentenció Ester con un hosco gesto de desagrado—, sobre todo a ese que grita.

Eliseo sabía a lo que se refería.

—¡Sí, todo un espectáculo! —asintió.

El grupo de peregrinos estaba acampado junto al cercado de un prado, al borde del camino, tenían previsto pernoctar allí un par de días, antes de reanudar la marcha de regreso. Se trataba de una pareja de jóvenes chilenos, con dos niños y un perro juguetón. Los chicos parecían encantados con Concha que, en su lenguaje de signos, les enseñaba palabras, que ellos procuraban imitar con los gestos de sus manos, al tiempo que no cesaban de preguntar sobre expresiones nuevas: estrella, luna, noche, perro...

—¿Cómo se dice tonto?, ¿y tonta?

—No, tonta tú. —los pequeños reían.

Concha se veía graciosa, pronunciando en su media lengua, pero igual de contenta, haciéndose entender y de que la prestaran atención. El animal también atendía a los movimientos de brazos, en posición enhiesta, con la lengua jadeante y los ojos vivos, brillantes; se dejaba acariciar el pelaje negro, sedoso, por Eliseo, quien trasnochó sin darse cuenta, entretenido. Tuvo la impresión de que el tiempo se hubiera sentado allí con ellos a compartir un alto en su paseo por el mundo.

Otra mañana igual a la anterior. Eliseo dormía bien, pero se despertaba pronto, de madrugada, con recuerdos muy vívidos, casi reales, atrasados, pero tal vez no superados. Se preguntaba si estaría así limpiándose de todo lo padecido, de todo lo que le incomodaba de aquella situación generada, de aquella batalla sin cuartel en la que él no había jugado con las mismas cartas, sino que, en inferioridad de condiciones, había sufrido el papel que, de forma gratuita, le habían impuesto, convertido en la víctima propiciatoria de lo que suponía un auténtico crimen. Un profesional de su categoría debería de haber estado preocupado en cómo rentabilizar y aprovechar el tiempo de su trabajo y no atascado en aquel fraude personal, que impedía cualquier desarrollo en positivo.

Inma le había visto salir de casa a pie, él ni siquiera se molestó en mover el coche esa mañana, una vez que le puso en antecedentes de sus próximos pasos. Fue hasta el Centro de Salud y salió con una baja temporal, tal como su médico amigo le había aconsejado; de esta manera podría salir a la calle cada día, sin necesidad de permanecer recluido en su domicilio a expensas de una inspección médica. Enviaría la copia por correo ordinario, no iba a molestarse en aviso previo alguno, así que aprovechó para pasear cerca del río, hacía mucho tiempo que, a causa del ritmo trepidante que imponía el trabajo, no dedicaba un rato a esos paseos, que siempre le vinieron tan bien para inducir al sosiego de la reflexión. Necesitaba saber en qué iba a emplear el tiempo a partir de aquel mismo momento, pues ignoraba cuánto podría quedarse estancado en aquella especie de desierto improductivo y aniquilador para personas como él, necesitadas y acostumbradas a un dinamismo regular.

Ese día se había dejado llevar por sus pasos que, de forma inconsciente, le

habían guiado hasta el margen del río, hacia su orilla cercana y familiar. Observó los berros crecidos, se arremangó e introdujo el brazo en el agua, levantó una piedra y exploró el fondo: pronto habría truchas. No sería mala idea dedicar alguna tarde a pescar buenos recuerdos mojados de solitaria tranquilidad; sin duda un sabor olvidado, que parecía ahora resurgir ante él.

Luego regresó a casa y, en cuanto abrió la puerta, ya estaba sonando el teléfono. Eliseo se apresuró a contestar, sin tiempo apenas de reparar en quién se trataba. Era el maldito gerente que le emplazaba para una cita en su ciudad, a media mañana del día siguiente.

—Estoy de baja —respondió Eliseo, sereno—. Hoy mismo te envié el comprobante por correo.

Fue un breve silencio el que duró al otro lado del teléfono, pero lo suficiente para comprobar que la respuesta inesperada había hecho impacto.

—De baja. Bueno, entonces no hace falta que vengas, claro... —medió de manera improvisada el gerente.

—Entonces adiós —Eliseo pudo permitirse cerrar la conversación, sin esperar otra contestación.

Sin duda su movimiento de ficha surtió efecto, definía la partida o, al menos, ponía al otro contrincante sobre la pista del juego, de que efectivamente se trataba de la misma partida. Eliseo se sintió aliviado en cierto sentido, podía esquivar los futuros ataques agarrado a su tabla de salvación; la baja laboral era su salvavidas. Aunque no tardó en cerciorarse, por si le quedaban dudas, de que el salvavidas no poseía la capacidad de ahuyentar a los tiburones.

A la semana siguiente le había llegado por correo un segundo expediente disciplinario. Mientras lo leía, conteniendo el nerviosismo de sus dedos, conjeturaba de qué modo aquello era posible, estando aún de baja por prescripción médica. Leyó las acusaciones, siempre por parejas, una falta grave y otra muy grave, por si acaso, para asegurarse, para cubrir las escapatorias legales; y enseguida comprendió lo de aquella reunión no anunciada ni celebrada a la que su compañero Josu aludió y en la que se delataba. Se trataba de otra de las faltas de las que acusarle: una reunión inexistente a la que nunca fue convocado y a la que, por supuesto, jamás había

asistido. Ya no le causaban sorpresa este tipo de sustos, de alguna manera había comenzado a inmunizarse, cuánto más falsas eran las acusaciones más se curaba de espanto. Aquello le confirmaba la implicación del compañero, lo que ya suponía, que Josu no era de fiar. Pero, sobre todo, que nunca lo había sido. Se felicitó por ello, como buen previsor, de no haber bajado nunca antes la guardia.

Le había mostrado la carta a Inma en cuanto llegó.

—Es una guerra sucia en toda regla.

—Lo que ya sabíamos —había sentenciado ella.

—¡Malditos!

A partir de entonces los días fueron largos, extensos más que intensos; desbancado de la rutina habitual, a Eliseo le costaba acomodarse a la nueva situación. Los consejos para relajarse que Inma le trasmitía eran más un alivio teórico, aunque necesario, que un hecho capaz de llevarse a efecto en la realidad. Sólo quedaba esperar el día del juicio, tramitada ya la demanda a la empresa. Desde la baja por enfermedad le resultaba más cómoda la tensa espera; habría estado perdido de otra forma. Sin embargo, aquellas largas semanas, casi dos meses y medio de espera, sirvieron para redescubrir antiguos placeres arrinconados en pro de obligaciones, que ahora habían dejado de ocupar su lugar de prioritaria importancia y que no requerían de su dedicación.

Algunas tardes Inma y él salían a pasear, juntos, bordeaban la orilla del río, como en otros tiempos, cuando el pequeño Andrés aún no había nacido y tenían todo el tiempo para dedicarse; ahora recuperaban el sabor de los momentos compartidos. El pequeño fue precisamente uno de los beneficiarios directos, se convirtió en el centro de las atenciones de su padre. Sí, la paternidad le había cambiado, Eliseo lo reconocía, sin importarle, le satisfacía descubrir el gesto de regocijo que iluminaba la faz de Inma, mientras les contemplaba jugar, padre e hijo, tirados ambos en el suelo del pasillo, llenando de gritos y risas la casa.

Desde el comienzo del camino, era el segundo día en que se dignaba a

asomar el buen tiempo. Parecían increíbles los cambios tan radicales que podían experimentarse en el norte. En los senderos no faltaban fuentes en las que aprovisionarse de un agua fresca y limpia; Eliseo rellenaba las botellas y hacía pausas para refrescarse, porque el calor apretaba. A la sombra de un gran castaño picoteó algo de lo que compró el día anterior; se dio cuenta entonces de que su toalla quedó olvidada en el albergue de Tineo.

La mañana diáfana, de cielos claros, invitaba a la marcha distendida, pero la tormenta había estallado a otras esferas. Aún faltaba trecho para alcanzar Borres, cuando Eliseo comprobó cómo le adelantaba, a marcha forzada, el joven al que llamaban Villalobos, seguido de cerca por la otra pareja de mujeres del equipo de Fonso, que parecían discutir entre ellas. Al final una de ellas, la morena que llevaba coleta, siguió al joven presuroso y la otra, también morena, de pelo corto, a lo chico, se quedó a esperar al resto del grupo. Eliseo le saludó al pasar junto a ella y echó la vista atrás, pero no había rastro ni de Fonso ni de Pilar.

La bajada a Pola de Allande era empinada y estrecha, además de polvorienta; un atasco de vacas le obligó a aminorar el ritmo y a esperar. Mientras charlaba con el ganadero, distinguió a Ester y a Concha, que venían a un paso regular. Eliseo se despidió del pastor y demoró el paso para que las chicas le alcanzaran. Cuando llegaron junto a él le explicaron la situación de la que habían sido testigos a la hora del desayuno en el albergue. Por lo visto tanta burla había acabado por desbordar el vaso y la paciencia del tal señorito Villalobos que, harto de aguantar las constantes mofas del jefe hacia su apellido, quien lo había convertido en una especie de hazmerreír gratuito, había acabado por enfadarse y, molesto y humillado, había optado por romper con Fonso y con las ganas de seguir como equipo unido y en falsa camaradería.

—El caso es que en el albergue nos hemos enterado que el apellido del personajillo del jefe en cuestión es Barrigón —apuntó Ester, aguantándose la risa.

—Siempre habla quien más tiene que callar.

—Pues sí, Alfonso Barrigón, no me digas.

—Un médico amigo mío me dijo en una ocasión que todos los apellidos

vienen de nombres de pueblo y que era mejor no rascar porque siempre se hallaba boñiga —contó Eliseo.

—Sabio, tu amigo.

—No, cardiólogo.

Capítulo VII

El albergue de Pola Allande se encontraba a espaldas del cuartel de la Guardia Civil. Allí se reencontró con Lou, el estadounidense sesentón, que roncaba en una de las literas, después de haber vaciado su correspondiente botella de vino peleón. Eliseo aprovechó para salir al pueblo y comprar una toalla de manos nueva, fruta y algo de comer, en previsión del día siguiente.

La etapa anterior había constituido un auténtico rompepiernas, sobre todo el largo descenso por una interminable pendiente de piedras sueltas que pasó su factura en forma de ampollas, caídas y derroche de fatiga. No obstante, no fue impedimento suficiente que le impidiera madrugar más que ninguna otra jornada. Así debía hacerlo si quería alcanzar el temible Alto del Palo, antes de que el sol comenzara a apretar sin conmiseración; había que ganarle tiempo a su sofocante castigo.

A solas en el hayedo, nada más abandonar Pola de Allande, la niebla lo invadía todo, aunque el río dejaba escuchar su cauce cargado bajo los puentes de madera que iban cruzando. No sabía por qué, pero a Eliseo se le vino a la mente aquel recuerdo semienterrado, tal vez fue a causa de ese peregrino de barba cana, mal afeitado, que alardeaba a viva voz y mezclaba en el mismo lote sus hazañas entre las prostitutas, con las trampas emboscadas entre los empleados que debía despedir... Él nunca había frecuentado los clubes de alterne; sólo cuando el director comercial asistía a las reuniones de trabajo se había visto obligado a ir; él y el resto de sus compañeros, era una norma no oficial, pero casi establecida entre los miembros de la Compañía o, al menos, obligada por la presencia de aquel director en concreto. Cuando aquel tipo de visita resultaba ineludible, Eliseo había aprendido a no colocarse entre los primeros, pero tampoco en última posición, lo más pegado a la barra del mostrador para así esquivar las embestidas iniciales de las chicas, que

acudían en busca de clientes frescos, siempre los que se encontraban expuestos en las primeras filas. Algunos caían en el primer intento, fáciles; a otros no les importaba caer, lo deseaban, ya habían caído antes y repetían. Pero él no era así, no porque despreciara a esas chicas o ese tipo de mujeres, no, él no juzgaba, sino porque él no quería eso para sí, quería querer, que querer significase amarse, con todo el compendio de connotaciones que ello implicaba para cada una de las partes, unas más placenteras que otras, pero todas ellas homogeneizadas por la responsabilidad en la coherencia. Era complicado, sí. Amar amándose, sí, amor y sexo eran la mezcla perfecta, para él; nunca era fácil. Y el amor de Inma le había costado mucho trabajo, iba a mantenerse fiel a ella y a ese amor.

Sin embargo, en aquella ocasión una joven prostituta libró la barrera tras la que Eliseo había intentado parapetarse, se abalanzó desde la parte de atrás del mostrador, a pesar del aviso de uno de sus compañeros:

—¡Cuidado, Eliseo!

Era demasiado tarde, la chica le agarró de la bufanda que le rodeaba el cuello, con el cuerpo muy pegado a él, sin opción a la escapatoria. Pero Eliseo se mantuvo imperturbable.

—Hola, guapo —dijo ella.

—¿De dónde eres? —preguntó Eliseo.

—Brasileña.

—Aquello es muy grande... ¿De qué parte?

—De Sao Paulo.

Eliseo acercó su rostro al de ella, aproximó la boca junto a su oído, para que ella pudiera escuchar con claridad, muy suavemente aquel susurro.

—Mi niño y mi mujer son sagrados.

La chica soltó los extremos de la bufanda como si quemaran, pero sin brusquedad, con una sonrisa dibujada en el rostro, casi falsificada, no de incredulidad, sino de ilusión perdida, de inocencia adulterada. Y se alejó, mientras le dedicaba una última mirada de despedida. Los compañeros habían presenciado la escena, pero no habían llegado a escuchar sus palabras y le

observaban intrigados. A alguno le asombró el impulso, lo directa que fue la elección de la chica, atraída por Eliseo, alguien que siempre se había mantenido al margen de ese tipo de relaciones. Eliseo oyó que una voz se elevaba a sus espaldas:

—¿Habéis visto eso?

—Sí, todos lo hemos visto —atajó uno de los jefes presentes.

—Tienes que regalarme esa bufanda, tío —le dijo uno de sus compañeros cuando salieron del club.

Eliseo calló, no tenía nada que comentar.

* * *

Y ahora tampoco. La pendiente comenzó a pronunciarse nada más abandonar el bosque y requería de toda su concentración. Obligado a un paso corto, pero constante, Eliseo se dispuso a resistir el embate de un sol que ya calentaba e iluminaba todo el esplendor de aquel grandioso panorama que se iba revelando a medida que ascendía. Ester y Concha, algo más retrasadas, acusaban la dureza del ascenso. Eran las nueve de la mañana cuando Eliseo alcanzó la cima y, absorto, disfrutó de la panorámica del mar de nubes que flotaba a sus pies. Cuando llegaron las dos hermanas se dedicaron a estampar la belleza del momento con sus cámaras fotográficas, antes de iniciar el descenso, a través de las aldeas de Montefurrado, una bajada tan larga e interminable como había resultado la subida.

La jornada había sido todo un duro ascenso, casi podía explicarse a qué debía su apelativo el Alto del Palo; Eliseo sólo deseaba que el albergue de Berducedo no defraudase sus expectativas de descanso, aunque tal caso resultaba del todo imposible. La pequeña población les acogió con fiestas y, sin perder tiempo, Eliseo agradeció la ducha revitalizadora que se regaló en el albergue. Casi le pareció un espejismo contemplar el tendal donde descansaban sus camisetas y calcetines.

Sentado en el muro del jardín escrutó el cielo manchado de nubes, de un gris apagado, no exento de atractivo, que le recordó al de su tierra y se felicitó

de ver por fin cumplida una etapa, tal vez demasiado prolongada para Eliseo, que había añorado su llegada con un ansia obsesiva en los dos últimos meses, desde la fecha en que se había celebrado el juicio.

—Llegó la hora de la verdad —se había dicho aquel día, cuando salió de casa camino de los Juzgados.

Había acudido puntual a la cita, antes incluso del tiempo marcado. Al poco llegó su abogado; intercambiaron un saludo inicial para luego hacer un repaso esquemático a los puntos importantes que presumiblemente utilizaría la otra parte para atacar, así como las respuestas apropiadas para la defensa. En aparente teoría todo estaba en orden. Cinco minutos antes se unió a ellos Claudio Valles, antiguo compañero en la misma zona de trabajo de Eliseo que, ahora Presidente del Comité de Empresa, se había ofrecido a testificar a su favor y había sido aceptado.

Cuando se cumplió la hora, una voz en tono elevado le llamó por su nombre. Eliseo entró a la sala al tiempo que se identificaba como la parte demandante. La misma voz sonó con sordidez en el eco vacío del pasillo reclamando la presencia de la parte demandada, pero no obtuvo respuesta. Nadie se personó y, tras un prudente margen de espera, el juez instó a comenzar el juicio. Se leyó la demanda, las acusaciones por las que la empresa de Eliseo, en boca del gerente, sancionaba al trabajador y las reclamaciones que este argumentaba contra lo que consideraba una injusticia sobre su persona y un falso pretexto para despedirle sin obligación de liquidar sus derechos consolidados en el puesto de trabajo durante más de doce años. Eliseo escuchó pausado, aunque tenso, y contestó afirmativamente cuando se le preguntó su ratificación sobre lo demandado. Fue entonces el turno del testigo que presentaba. El compañero Claudio Valles, ahora en concepto de Presidente del Comité que representaba a su parte de la empresa, confirmó las maniobras escabrosas de la propia empresa, la parte compradora, para eliminar a los empleados con más de diez años continuados en el puesto, tal y como habían venido haciéndolo con otros trabajadores en diferentes provincias, aludiendo siempre a motivos de ahorro económico. A instancias del juez, el compañero contestó sobre la integridad moral de Eliseo como profesional y como persona, alejando el fantasma de cualquier posible duda sobre su comportamiento agresivo, siempre intachable. Eliseo permaneció

sentado, preparado por si llegaba su turno; no le quedó otra opción que escuchar la viva voz de su compañero, que se deshacía en elogios y virtudes, que habrían bastado a cualquiera para obtener una sobredosis de autoestima, pero que en su caso respondían fielmente a la realidad. Por unos momentos divagó, pensó que incluso perdiendo aquel juicio o, aunque le despidiesen, habría merecido la pena llegar hasta allí sólo por el placer de paladear aquellos gestos donde la honestidad hablaba por sí sola y se bastaba a sí misma para defenderse con rotundidad.

El juez atendió a las palabras del compañero del comité y, con un imperativo ademán de su mano, detuvo el derroche de halagos. Luego enarcó las cejas para mirar hacia los banquillos de la sala, donde sólo se encontraba Eliseo.

—¿No hay nadie de la parte demandada? —preguntó.

El abogado, el compañero y Eliseo cruzaron las miradas y, antes de una posible respuesta, el juez volvió a hablar; esta vez para firmar sentencia. El expediente de Eliseo quedaba limpio, el juez le redimía de la sanción y de las acusaciones vertidas contra su imagen. Sin embargo, a Eliseo era un triunfo que le sabía a poco, sobre todo, porque nada nuevo le desvelaba, él ya sabía que esa era la auténtica verdad y porque despejar ahora la incógnita de que la justicia no se había equivocado significaba conformarse con una migaja en comparación al mal trago padecido. Pero se conformó, su experiencia no estaba ahí, él no se sentaba en un banquillo todos los días; su trabajo era otro, consistía en un quehacer más constructivo, más concentrado y preocupado por evitar las circunstancias capaces de hacerle volver a sentarse frente a un juez.

Se felicitaron a la salida.

—Ya te lo dije —aprovechó para remachar el abogado—. Cuando se trata de una palabra contra otra, sin pruebas de por medio, el juez siempre favorece al trabajador.

—Sí, claro, ahora se ve diferente. Sabía que iban a echarme, que iba a quedarme sin trabajo; el hecho de que además me robasen me dejaba en mala predisposición para coger otra empresa y volver a trabajar. Eso es lo que temía, no trabaja uno para que lo estafen.

El compañero del comité se despidió con prisa, debía acudir a su puesto de trabajo sin pérdida de tiempo. Fue entonces cuando se lo dijo a Eliseo:

—Créeme, hoy es uno de los días más felices de mi vida —explicaba Claudio con grandilocuentes gestos de sus brazos—. Me he sentido de verdad satisfecho mientras te defendía, tenía la sensación de que estaba haciendo algo grande, algo de verdad justo. Me alegro, Eliseo, soy yo quien te lo agradece, me has hecho sentir muy bien.

—Gracias, Claudio, no sabes cuánto te lo agradezco —repitió Eliseo mientras se abrazaban, antes de despedirse—, te lo agradeceré siempre.

De camino al gabinete de su abogado, este le mostró algo de lo que no había querido hablar antes; al menos, hasta una vez celebrado el primer juicio. El día anterior había llegado un tercer expediente disciplinario, una copia idéntica a los dos anteriores: dos faltas, una grave y otra muy grave, en las que se repetían las mismas acusaciones, incluso una de las que en el juicio de esa mañana, al que no habían asistido los acusadores, el juez se había encargado de limpiar. Al abogado se le notaba serio, disgustado y, sin disimular un gesto de enfado, exclamó con rabia:

—Esto roza lo temerario, ahora se van a enterar.

Eliseo le dejó preparando un documento cuando marchó, aún tenía que celebrarse el segundo juicio del segundo expediente y, por si fuera poco, con aquella última misiva se avecinaba aún un tercero. Con tantas emociones acumuladas, necesitaba contárselo a Inma cuanto antes; ella había insistido en que le llamara al finalizar el juicio, pero prefirió hacerlo en persona. Nada más llegar a casa le relató todo lo acontecido. Inma se regocijó con el triunfo y también con la duda del incierto futuro que a Eliseo le perseguía. Inma era así, se alegraba con todo aquello que resultaba favorable a quien amaba; a Eliseo, aquella manera de ser, le desconcertaba, en el fondo, pero no podía dejar de reconocer que también le agradaba sentirse querido.

Al día siguiente le llamó el abogado para hacerle partícipe de las últimas noticias: la victoria del juicio añadida a la eficaz gestión de sus réplicas, habían dado resultado y, por fin, las conversaciones con la abogada de la empresa demandada no se habían hecho esperar. Ahora le urgía a la empresa dar por zanjado el asunto que tanto se habían molestado en provocar. El

acuerdo estaba pactado, favorable para Eliseo: abandonaría la empresa y se le abonarían los importes que la ley estipulaba en los casos de despido improcedente. A Eliseo le parecía una solución justa; no perdía y, al menos, ya no estaba atado de pies y manos, ni sujeto a esa enervante tensión de la incertidumbre; ahora podría dedicarse en cuerpo y alma a su otro problema que resolver, a encontrar otro trabajo con el que continuar.

—Ni un céntimo más, pero ni uno menos tampoco —resolvió Eliseo.

Inma también respiró aliviada.

Sin embargo, la subida del día siguiente no resultó menor castigo, sino al contrario, además de empinada, la monotonía del asfalto en cuesta no era la mejor manera de estrenar tierras gallegas. Amanecía cuando salió de Berducedo, envuelto en una incómoda nube de moscas, que parecían dispuestas a no dejarle marchar sin su ingrato recuerdo; pasó La Mesa y alcanzó el pico. Atravesó la presa y entró a desayunar en el único bar que había en la carretera. El resto del camino continuaba por la carretera, hasta dos kilómetros antes de llegar a Grandas de Salime, por un tramo que atravesaba un bosque de pinos.

Un enjambre de peregrinos se agolpaba a la entrada del albergue, aguardando la llegada del hospitalero. Se llamaba Tino, lo tenía todo muy organizado, con la ayuda de Marije, su ayudante, que atendía a la gente por riguroso orden de llegada.

* * *

Eliseo madrugó para evitar que la ola de calor anunciada le encontrase en pleno ascenso; también para evitar aquella muchedumbre de caminantes. Tanta multitud le atosigaba y no deseaba distracciones. La subida fue dura, apenas había sombras en las que pararse a descansar. Le asustó una peregrina, que se presentó de improviso a sus espaldas, adelantándole como una exhalación; sólo se volvió para preguntarle qué tal iba, en un deficiente español. Él respondió en un mal inglés. La había conocido la tarde anterior, en el albergue.

Jessica era australiana, rubia y esbelta, como para no fijarse en ella; había pasado buena parte de la tarde en el jardín del albergue, realizando ejercicios de yoga y estiramientos, ante un público de peregrinos fascinado por el espectáculo. Eliseo vio cómo desaparecía delante de él, a grandes zancadas, con su pequeña mochila, de la que colgaba una calavera de caballo, en la que algunos caminantes estampaban su firma en una especie de ritual solidario. Aliviado, a la vista de los molinos de viento que coronaban el monte y hacían correr el aire, Eliseo contempló el majestuoso paisaje de verde infinito desde el Pico del Acebo. Atrás quedaba la montaña asturiana; ya dentro de la provincia de Lugo, por fin.

Eliseo prosiguió con la mente puesta en pasar Fonsagrada; a un par de kilómetros estaba su meta y su tesoro, en Padrón. El albergue era una casa de pueblo habilitada a tal efecto: cada habitación reunía varias literas de madera, lo que aportaba un cierto tono de intimidad. El olor a la madera de las vigas y del suelo daba un aspecto cálido y acogedor al lugar. Eliseo pasó la tarde recostado, protegiéndose en la sombra del calor. Entornó los ojos para descansar, sin evitar recordar el otro Padrón, el de La Coruña, que visitó por ocasión de trabajo y que nada tenía que ver con aquella aldea aislada en que ahora descansaba. Rememoró el día en que visitó la casa museo de Rosalía de Castro, un capricho que se había prometido a sí mismo y que acabó por brindárselo; a veces tenía ese tipo de detalles para consigo, una especie de premio o autoregalo. Y no le defraudó recorrer aquellas estancias donde habitó la poetisa; había comprado un pequeño libro de poemas para leer a sus amigos de la tertulia. Igual que entonces, se imaginó a la escritora asomada en aquellos ventanales, añorando tras sus cristales el mar que soñaba en sus versos. Aquel pueblo le había recibido con una lluvia empalagosa, no como este Padrón, caluroso y enfermizo. Eliseo pasó una de sus mejores noches en el albergue de peregrinos de Padrón; se quedó dormido mientras leía.

Capítulo VIII

La lectura fue otro de los placeres que Eliseo disfrutó con avidez, entregado ahora al reto de llenar el vacío de un tiempo muerto en la compañía de una considerable lista de libros, que parecía agrandarse a pasos agigantados y que siempre había pospuesto leer, pero a los que ahora dedicaba la atención requerida. Pero, sobre todo, escribir. Eliseo concentraba su rabia y su dolor en escribir, tal vez para prevenir su desarrollo y progresión, tal vez para hallar un camino alternativo en aquella sorda y muda batalla, o tal vez en ambos casos.

Siempre había escrito, ni siquiera él mismo era capaz de concretar desde cuándo, pero sus recuerdos se remontaban a los primeros años de la infancia. Entonces ya sentía una inclinación natural hacia la escritura; disfrutaba escribiendo y también leía, siempre leyó mucho. A los once años tenía escrita su primera novela, basada en las películas de vaqueros del oeste, los temas que entonces predominaban en los medios de aquellos tiempos, sin tanta capacidad de elección como en los actuales. En sus primeras lecturas descubrió los senderos de la aventura en exóticas islas del tesoro, junto a robinsones que hacían volar su imaginación hacia mundos lejanos, pero no por ello menos verídicos; a los trece años quedó finalista de un certamen de redacción regional promovido por una prestigiosa marca comercial. Sin embargo, su padre, que tenía previsto costear sus estudios de Medicina con un sueldo de protésico dental ganado a pulso, ya había decidido su futuro y, no sólo albergaba la esperanza de que avanzara por la senda que él mismo había iniciado, en la práctica de un sacrificado oficio, sino que la mejorase convirtiéndose en un especialista de la odontología. Pero Eliseo cumplió a medias: aprobó los dos primeros años de Medicina, mientras aprovechaba los períodos vacacionales para ayudar a su padre, aprendiendo el oficio de protésico dental, a la vez que ocupaba el tiempo, hasta que descubrió en las ventas una manera de ganar dinero sin sujetarse a la esclavitud de los horarios

fijos. Cumplidos los veinte años no resultaba difícil cogerle el gusto al dinero contante y sonante en el bolsillo y a la libertad de disponer aún de tiempo para divertirse. Así se estrenó en el mundo laboral, fue su primer trabajo y significaba la ruptura con los estudios; simplemente quedó enganchado con aquella primera oportunidad de aumentar su capital con una cantidad extra, se dejó llevar por la inercia del momento. Comenzó como comercial de vestuario sanitario y, una vez superado el período temporal, maduro en experiencia, dio el salto a una gran multinacional farmacéutica, que vislumbró en la base de su formación académica y en el carácter espontáneo y sociable del que hacía gala de modo natural, el potencial en bruto de un buen profesional que, por tanto, representaba una apreciable garantía en la consecución de sus fines. Para Eliseo, una vez introducido en el círculo vicioso de la rueda del trabajo, representaba la solución que le permitía poner fin a un largo período de noviazgo que amenazaba con hacerse interminable y, a la vez, la oportunidad de convertir en real la construcción de un hogar junto a Inma, de llevar a la realidad un sueño en común. Puesto en marcha, resultaba imposible dar un paso atrás y se imponía la obligatoriedad de asumir las consecuencias de aquella decisión. Aunque eran los resultados los que regían la permanencia dentro del gremio que había elegido, él siempre prefirió seguir los dictados del trabajo honesto, cuidar las formas sin caer en el error de creer que todo podía valer; consideraba que era la única guía fidedigna para subsistir dentro de las arenas movedizas que suponía el vertiginoso mundo de las ventas. Pero incluso ese lema no era suficiente, ahora le había fallado. Acababa de comprobar en propia carne el caprichoso giro de las tornas; todo valía, la mentira incluso, que se revelaba como la herramienta más útil para reducir los obstáculos a cenizas, para justificar la ausencia de cualquier escrúpulo. Nada quedaba y la artífice era la mentira; por eso en Eliseo resucitó el interés por la palabra justa, para afrontar el reto de combatirla.

Si hasta ese momento le habían acompañado los resultados fue debido a la eficiente labor realizada, escribir entonces le mostraba su cara más amable; la otra cara añadía riesgos diferentes. Pero reconocía su vulnerabilidad; el cuidado en la forma, su amor por la palabra o la fidelidad a una coherencia firme, íntegra, le dejaban en una frágil situación cuando tenía en su contra al cruel monstruo sin escrúpulos. Si entonces escribir dejaba notar los beneficios de su bálsamo liberador, por el contrario, se tornaba peligroso y arriesgado.

Pero era su apuesta personal, era lo único que le quedaba; si porque escribía se sentía escritor ya había tomado partido desde el principio: no iba a dejar de escribir sino, al contrario, asumiría los riesgos de seguir haciéndolo.

Hoy se atrevía a afirmar que sólo mientras escribía era, en realidad, escritor; lo sabía, sentía que era así. No existían estudios ni títulos ni carreras, ni enciclopedias o manuales que enseñaran esto. Fuera cual fuese el gremio que cualquiera eligiera para su profesión siempre sería uno mismo quien aportase entidad a esa profesión elegida: la persona hacía el puesto, no al revés. Y él había flirtado con las palabras, había navegado en su lecho creativo: inventar, soñar, imaginar, no podía dejarse confundir, la ficción y la mentira no estaban hechas de la misma pasta. Eliseo había elegido ese camino, ir por la vida con la mirada del escritor. Siempre había escrito, nunca le había abandonado esa natural inquietud literaria y, entre gráficas y estadísticas de ventas, acogía con satisfacción el momento de ponerse a escribir y trabajar sobre un texto o una historia que le había rondado durante semanas o meses. Dar con la clave de un argumento que se resistió siempre era un éxito que enseguida estimulaba a seguir escribiendo, incluso a levantarse a altas horas de la madrugada porque al fin apareció el verso perdido, el hilo argumental que esperaba o el nuevo giro que dar al relato para sorprender al lector y, también, a sí mismo. El escritor era el primer sorprendido. En ocasiones tal satisfacción mostraba su lado más áspero, cuando implicaba doble o triple esfuerzo, más trabajo añadido a las tareas que priorizaban a la hora de ganar el sustento. Pero, aunque pudiera costar entender lo que aquello tenía de diversión, a él escribir le servía de consuelo, de aprendizaje y forma de conocimiento, hasta el punto de que formaba parte de su manera de vivir, el modo de vida que había elegido y adoptado para enfocar su propia vivencia desde otro ángulo, más personal y propio, creativo y enriquecedor, artístico y, por tanto, auténtico.

* * *

Y amaneció así, con el libro abierto, sin prisa, tan descansado que a Eliseo no le importó perder el tiempo también en regalarse un succulento desayuno; lo necesitaba. Se había mentalizado a conciencia para enfrentarse a una etapa

larga, pero nada complicada si la comparaba con las demoledoras rutas de subidas y bajadas que había enfrentado en la parte asturiana del camino, más dura y de orografía más accidentada. Llegó demasiado pronto para quedarse en Cádavo Baleira, acostumbrado a tramos más dificultosos; después de refrescarse en un bar del pueblo, donde además le estamparon dos sellos en la credencial, decidió seguir avanzando hasta el albergue nuevo de Castroverde, a una docena de kilómetros de distancia. Todo lo que adelantara en ese día se lo ahorraría en la siguiente jornada.

Y continuó su avance en solitario, mientras intentaba vislumbrar señales esclarecedoras de un futuro benévolo para él en esa otra senda, la de su trayectoria vital, incierta siempre. Ante Eliseo se abría ahora un espacio amplio, quizás en exceso, para su gusto, en que abordar el próximo paso resultaba más ilusorio que ilusionado: a la esperanza de una nueva oportunidad le seguía una decepción, en una especie de descarte que, por eliminación, obligaba a resignarse ante cada intento frustrado; se trataba de una mecánica desalentadora, que acababa por hacer mella en la línea de flotación del optimismo con el que afrontar la siguiente ocasión.

A Inma le gustaba leerle en voz alta las ofertas de trabajo que aparecían en la prensa y Eliseo había enviado varias solicitudes por correo; todas sin éxito. De las pocas citas que logró concertar salía rechazado al no encajar con el perfil perseguido. Eliseo sospechaba que esta excusa fácil servía de comodín para eliminar a candidatos no gratos; sobre todo, notó cómo el elemento económico y la edad influían a la hora de contratar a nuevo personal, por lo que el rechazo adquiría visos de una discriminación tan real como enmascarada. Los entrevistadores tenían la obligación de seleccionar a gente con carrera universitaria y, preferiblemente, sin experiencia; eran más baratos y significaban una inyección de subvenciones para las empresas. Esta era la tónica general. Le costaba creer que el mundo laboral hubiese cambiado tanto mientras él se había dedicado en los últimos años a trabajar y nada más que a trabajar. Parecía que, de pronto, las personas que pasaban de cuarenta años no tenían derecho a ganarse el sustento, lo que, superados los cincuenta, se convertía en una condena; tal vez siempre fue así y él simplemente lo ignoraba, pero esto, en particular, le indignaba. Sin duda existirían compañías serias, que valorasen al trabajador por su experiencia y otras calidades además de las meramente económicas, sólo había que dar con ellas o que ellas se fijasen en

alguien de su valía, era una cuestión de suerte. Aunque profesionales de su nivel que, a estas alturas, se encontraran disponibles había pocos; él era un ejemplo excepcional, lo reconocía, sobre todo, porque lo que a él le acababa de suceder tampoco ocurría generalmente o, si acaso, no se le daba ninguna publicidad. De ahí que la impotencia se erigiese como el fantasma que abatir.

La mayoría de las entrevistas no acababan en respuesta; a pesar de que se comprometían en volver a contactar, aun en caso negativo, pero nunca contestaban. Se enteraba posteriormente, por mediación de algún compañero, que habían elegido a otro. En alguna ocasión fue recomendado por compañeros que, conscientes de su valía profesional, intentaban ayudar o recuperarle, pero la directiva de las compañías que, en el mayor de los casos, seguían unos patrones de selección similares, casi imitados por todas, rehusaban contratar a alguien entrado en los cuarenta como pauta obligada, aunque no existiera justificación razonable al respecto.

Por su parte, Eliseo había tratado de no perder el contacto con los antiguos compañeros de trabajo, consciente de que, a las puertas del verano, las oportunidades de encontrar trabajo se reducían; había pasado ya la mitad de un año desastroso y, a juzgar por los resultados constatados, el balance no tenía visos de tornarse en positivo. Algún compañero le mantenía informado de posibles oportunidades; algún otro le advertía lo que de él iban calumniando los que antes formaron parte del mismo equipo, los que se llamaron compañeros por compartir trabajo en las filas de la misma empresa. De antemano sabía que aquello no bastaba ni les convertía en compañeros, ni siquiera en amigos, una palabra que no servía para definirles, que les quedaba demasiado grande, inapropiada. Eran los mismos que ahora se sumaban, de manera gratuita, sin necesidad, a la rapiña de manchar y dañar, en un disparatado intento de equivocarse a propósito, de inventar una inexistente mala fama que sustituyera el prestigio erigido a base de seria profesionalidad. Aunque difícil de creer por parte de quienes le conocían y ante el peso que los hechos dejaron tras él y que hablaban por sí solos como la mejor irrefutable de las pruebas, Eliseo había descubierto el sabor que la injuria escondía tras las puertas cerradas, a sus espaldas.

Capítulo IX

Eliseo saboreaba el paisaje que, ahora más llano, permitía el disfrute a paso leve entre pinares y pequeños senderos que, sin remedio, le empujaban a compartir tramos por la carretera. Se anunciaba ya el peligro, con estrépito, de la ciudad. Casi dejándose llevar se presentó ante las puertas de Lugo, entró a su recinto amurallado por uno de sus arcos milenarios. Contempló con embeleso las piedras de aquellas torres romanas que durante siglos custodiaban el lugar; agradeció que fuera gratuita la visita al adarve, que recorrió en instructivo paseo, distraído. Aquella sensación de grandeza y asombro que le sobrecogía, despertó su vena literaria, a medias desconcertado, sin saber si contemplaba un tesoro de siglos o si, tal vez fueran los propios siglos los que le observaban a él. Desde lo alto de sus torres originales la ciudad cobraba un ángulo inusitado donde su imaginación hallaba sugestivo el vuelo. Le llamó la atención un grupo de peregrinos que, en ese momento, transitaban la calle en dirección paralela a la muralla: entre ellos distinguió a Ester, la melliza psicóloga, que le había reconocido y le saludaba con el brazo en alto, invitándole a bajar y unirse a ellos.

Entre saludos de bienvenida, Ester le explicó que acababan de llegar y, ante la reticencia de Eliseo por acompañarles, le dijo que se olvidara del albergue por el momento, que allí, en Lugo, tenía unos buenos amigos que ya sabían de su llegada y que ella deseaba que conociera. Eliseo siguió a las mellizas, desprovisto de excusas, por un entresijo de calles y callejuelas que desembocó en una pequeña iglesia. Salió a recibirles una pareja de muchachos de curioso aspecto, uno alto y gordo, con bigote, otro bajo y delgado, con gafas, ambos de pelo oscuro y rizado, que expresaban el entusiasmo del encuentro con exagerados ademanes, de una afectación tan recargada, que a Eliseo le resultaron amanerados, muy femeninos. Al escucharles, Eliseo enseguida fue saliendo de dudas, se trataba de dos jóvenes homosexuales, uno

catalán, otro andaluz, que se llamaban igual. Eran los Luises, así se dirigía Ester a ellos, entre risas y guiños de complicidad, mientras les presentó. Eran dos artistas que recorrían el país buscando negocio, trabajando de pintores; en Lugo les había contratado el Obispado para adornar con sus pinturas la capilla de aquella humilde parroquia, tarea que aún les mantendría unos meses de estancia en la ciudad. Era su medio y modo de vida.

Los Luises les mostraron el interior de la iglesia, donde se podía contemplar parte de la labor iniciada, aunque los pintores señalaban que quedaba mucho por hacer. En el suelo descansaban grandes rollos de papel extendidos, en los que dibujaban los patrones que luego superponían contra la pared, para elaborar el dibujo definitivo al fresco: una tarea de titanes, según los propios artistas, que vivían metidos en faena prácticamente la mayor parte del día. Eliseo escuchaba todos los pormenores de su quehacer y tampoco pudo negarse a posar cuando los amigos de Ester les propusieron servir de modelos para su proyecto; necesitaban modelos de ángeles, de santos y vírgenes y no abundaban, explicaron con miradas pícaras. Las hermanas mellizas no pudieron ocultar su emoción, les ilusionaba que su figura quedara plasmada para la historia en las paredes y el techo de aquel altar, sin duda, un modesto detalle histórico para la posteridad. Para Eliseo, sin embargo, no dejaba de tratarse de un ejemplo de vanidoso protagonismo, pero no se opuso; le vistieron con una sábana blanca por encima, a modo de túnica, para representar la silueta de un soldado romano dentro de una escena bíblica. Le hicieron moverse hasta la saciedad, en un continuo experimento, a la búsqueda del esbozo perfecto, a contraluz, mientras trazaban a carboncillo el dibujo detallado de pliegues y sombras. Eliseo acusaba el cansancio, un poco hartado de los piropos que los artistas le profesaban. Finalizaba la tarde, pero no la fiesta y los Luises sabían también disfrutar en este sentido. Les llevaron a una pulpería céntrica a degustar los platos típicos gallegos, regados de los excelentes vinos blancos que aquella rica tierra ofrecía y, después, las copas en un club de ambiente de la ciudad. Ester y Concha se mostraban encantadas con los planes previstos por sus amigos los Luises para la jornada siguiente; se despertarían sin prisa, desayunarían en un lugar privilegiado donde les conocían y atendían con todo lujo de exquisiteces y, después la pareja de pintores haría de guías turísticos inmejorables para mostrarles la ciudad, los rincones más bellos y no tan concurridos.

Pero a Eliseo le asustó la idea y, a la primera ocasión que tuvo, entre risas, música y vocerío, manifestó a Ester su intención de proseguir viaje.

—Me esperan en Santiago dentro de dos días —se disculpaba—, no puedo faltar a la cita, me quedaría con vosotros, pero...

—Tienes que darme tu teléfono. Ha sido maravilloso —dijo Ester, mientras lo apuntaba en un cuadernillo que extrajo de la cartera—. Nos llamaremos, dime que lo harás...

Eliseo asintió. No había mentido a la pregunta de si llevaba teléfono, simplemente había eludido la respuesta: durante todo el camino había evitado enseñarlo o utilizarlo, realizar una sola llamada, fiel a la promesa inicial; solamente lo haría al llegar al final de destino.

—Sí, me alegro de haberos conocido —Eliseo apuntó también el número de la psicóloga.

La mezcla de alcohol y fatiga hacía mella en Eliseo, que no acertaba a comprender la imprudencia de no haber reservado alojamiento. Ya era tarde para buscar el abrigo de la noche en el albergue, cerrado a aquellas horas, pero hasta eso lo tenían previsto los Luises, que encontraron motivo para continuar la fiesta, después de asegurarles que, con cuidado de no estropear los bocetos de las pinturas, podrían descansar en el suelo de la capilla, entre los rollos de papel. Y así fue, unas mantas dobladas sobre el entarimado, a modo de colchón, añadidas a la carga de alcohol, les aminoraron a todos la dureza del suelo de madera.

Sin embargo, a Eliseo le costó conciliar el sueño; no podía echar sólo la culpa a la resaca. Toda la noche le había rondado por la cabeza la sombra de una preocupación a la que no deseaba dejar sitio; temía que todo aquel barullo de artistas, modelos y pinceles oscureciera su proyecto, le distrajera de su objetivo y le retrasase. Por ese motivo se había despedido la noche anterior de Ester y de Concha, porque tenía decidido madrugar para reanudar la marcha solo, sin lastres que le entorpecieran el paso o el impulso.

Así, en la jornada siguiente, espoleado por ganar distancias, alcanzó el albergue de Ponte Ferreira en solitario, donde se alojó y comió caliente para, en una segunda etapa, llegar hasta Melide, a la confluencia del Camino Primitivo con el Camino Francés, el que realizó junto a su padre, el primero.

Algunos años después había tenido ocasión de repetir por el camino del Norte, por su propia cuenta. Ahora, en su tercera tentativa, agradecía una vez más la lección paterna, entendía su intención, porque se trataba de un auténtico regalo: con independencia del punto cardinal desde el que se abordase, se trataba siempre del mismo camino. Siempre de paso, esa era la lección.

También pasaba de largo Melide, tras su ración de pulpo obligada, cuando le llamó la atención una mochila que, apoyada contra una farola, dejaba asomar una calavera de caballo que no le resultó extraña. Sentada en la acera reconoció a la joven australiana. Al saludarle, Jessica se incorporó no sin cierta dificultad. Eliseo enseguida comprendió lo que ocurría, más por la situación y los gestos de ella, que por su conocimiento del inglés. Y realmente lamentó no haber podido expresarse con mayor soltura en su intento de ayudarla. La chica le explicaba, con cierto aire apenado, que se veía obligada a abandonar el camino, a causa de una caída en la que había sufrido un esguince de tobillo. Eliseo mostró su pesar y le preguntó de qué manera podía hacer algo por ella, con ánimo de consolarle. Pero ella ya había contactado con un servicio de taxi que le llevaría hasta la capital, donde un tomaría un avión de regreso a casa. A pesar de lo lamentable del hecho, la joven sobrellevaba la tristeza con una elegante dignidad, que a Eliseo le pareció que le hacía mostrarse todavía más hermosa. No podía dejar de admirar ese tipo de mujer, valiente, incapaz de arredrarse ante cualquier tipo de inconveniente. La chica le agradeció su predisposición con un par de besos que a Eliseo le dejó sin palabras, mientras se despedía de ella con los mejores deseos de suerte.

Eliseo siguió camino adelante hasta Boente. Encontró un albergue privado donde dedicó la tarde a descansar. Aprovechó para poner al día las notas tomadas durante el viaje.

El calor era tremendo y, al atardecer, llovió un poco.

Eliseo había perdido de vista del todo a sus acompañantes, intencionadamente borró su rastro tras la despedida, ya que necesitaba el tiempo y la soledad para sí, sin distracciones. Así tuvo el tiempo, el silencio y la actitud necesaria para reflexionar sobre su existencia, con el distanciamiento preciso, que ayudaba a reordenar las piezas. Otear el horizonte en busca de la silueta emblemática del objetivo final le

proporcionaba nuevo material sobre el que edificar, sobre el que seguir construyendo su trayecto vital. Sí, aquella experiencia le iba a dar mucho que escribir. No había olvidado su cuaderno, ni dejado de esbozar notas en el transcurso de su andadura. Escribir, lo veía claro ahora.

No valía la pena empeñarse en avanzar cuando la maraña de dudas confundía los pasos. Por eso escribía cuando la historia ya había cobrado forma y, a golpe de cincel preciso, esculpía la obra que previamente conocía porque había sentido. No siempre sucedía así, pero tampoco guardaba los recortes de tantos experimentos en papel, que habían acabado en el fondo de la papelería. La primera vez que consiguió escribir toda una historia completa de un tirón le bastó para demostrarse, no sólo de que aquella misión era posible, sino también de que era capaz; tan sólo le quedaba por delante la inmensa tarea de seguir repitiendo la hazaña y hacerla realidad.

Al fin y al cabo, ¿qué había sido de su vida hasta ese momento? Era un comercial, un vendedor profesional, había adaptado sus habilidades al medio práctico de ganarse el sustento; aportaba así una calidad que la profesión agradecía, aunque ni lo requería ni tampoco resultaba imprescindible. La palabra como herramienta, al servicio de la comunicación; de la intención del mensaje dependía la consecución del objetivo: credibilidad, claridad, firmeza, algo más que un escaparate bien presentado. Pero había que cuidar la estructura, pulir el detalle, mejorar las formas. Tal vez ahora recobraba su rumbo, volvía a abrirse esa puerta nueva ante él, la oportunidad de encontrarse, de seguir siendo el escritor.

Sólo cuando contemplaba el montón de carpetas que guardaban sus páginas escritas dejaba de parecerle baldía la sensación de que estaba sin trabajo; sólo entonces derrotaba la sombra fátua del monstruo de la inutilidad. Le enorgullecía la labor realizada; podían prescindir de sus servicios, ni agradecerse los, hasta estafarle, pero aquel era un trabajo real; sus escritos le decían que no había trabajado en vano para otros, que había merecido la pena. Ni siquiera Eliseo era capaz de explicar en lo que consistía, pero le gustaba sentirse escritor; aunque sólo pudiera constatarlo de verdad mientras escribía, o también después, cuando soltaba el bolígrafo o cerraba el portátil y le acompañaba el halo de esa sensación. Ya no podía vivir sin escribir, lo necesitaba. No encontraba nada comparable a la satisfacción de leer una

historia creada de la pura ficción, esa tierra mágica donde invención y expresión se armonizaban. Nada fácil en apariencia; antes había tenido lugar todo un proceso de exploración, sueño, trabajo y concentración que había requerido de todos y cada uno de los sentidos. Las palabras se transformaban en una trampa en cuanto pretendía explicar esto, porque en definitiva disfrutaba de la magia del viaje mientras duraba éste, incluidos los preparativos y el recuento final. Este proceso de creación nunca era igual ni sucedía de la misma forma, aunque el resultado siempre fuera la obra escrita. A veces una idea le rondaba durante semanas o meses antes de tomar forma escrita. Eliseo lo asociaba a una presencia con la que había de familiarizarse hasta el punto de ser capaz de modelarla, de darle forma. Necesitaba ver la historia, el relato, la novela o el poema, antes de ponerse a escribir, aunque no siempre era esta la norma.

En realidad, para captar la idea, habría que partir del origen de que no existían normas, ni métodos, ni fórmulas mágicas. Las primeras y elementales herramientas que un escritor necesitaba eran libertad, espacio y soledad, eso sí, a mares, en cantidades industriales. Las páginas que nacieron de escribir por el puro placer de escribir, además de servirle de ayuda para aprender a desarrollar y mejorar una técnica, al mismo tiempo que para divertirse, también habían logrado sorprenderle. El escritor sabía que resucitar la capacidad de asombro era requisito imprescindible y siempre le iba a la zaga.

Utilizaba la sorpresa como un modo de impactar al lector. También él era, ante todo, lector. Después de los múltiples quehaceres diarios, cuando cogía un libro para leer, con el tiempo contado en ocasiones, deseaba aprovecharlo y que eso que leía mereciera el tiempo dedicado. Como lector, se quedaba con el recuerdo de aquella lectura que le sorprendía, ya sea por lo inesperado o por lo curioso del final o del punto de vista enfocado. A veces sucedía en los últimos renglones o en el párrafo final donde la historia se desvelaba, después de haber jugado con la atención del lector. No se trataba de engaño, sino de un guiño cómplice para llevarle por el terreno que, como escritor y creador de la historia, sólo él conocía y así, en un inesperado giro final, hacer que todas las piezas siguieran encajando, a pesar del cambio, conformando el auténtico y revelador sentido del texto.

Para Eliseo escribir era placer, trabajo y diversión a la vez, sacrificio y

disfrute, terapia y satisfacción, por eso se había convertido ya en necesidad; algo le faltaba si no escribía. Le gustaba narrar, tenía que contar algo en sus historias. Era ese mensaje el que unas veces arrancaba el motor de la inspiración para escribir la historia; otras, eran los detalles los que convertían el texto en una lectura descriptiva que se disfrutaba por el mero placer de leer.

El narrador no debía tomar parte en la historia ni mucho menos moralizar, juzgar o plantear ideologías. El narrador contaba los hechos o explicaba las situaciones desde un anonimato neutro, a medio camino entre lo cercano y lo distante. Había que dejar que fuera el lector quien descubriera la historia, aunque previamente le había llevado, paso a paso, hasta la evidente salida, sugerida, única e inevitable.

Escribir ayudaba a ordenar las ideas, a comprender los entresijos de los pensamientos y las relaciones entre los personajes, a crear y resolver situaciones. Al escribir le importaba la historia que contar y, sobre todo, cómo contarla. El argumento era la primera capa externa que englobaba el conjunto. Luego, lo que importaba era organizar: crear capítulos, escenas, capas interrelacionadas que obedecían al hilo argumental principal. No perderse, ni dejar que el lector se extraviara, a no ser premeditadamente, de acuerdo a algún intencionado final.

Tensión, equilibrio, conflictos que aceleraban el ritmo, pausas, cambios, lentitud necesaria aclaratoria a la espera de la siguiente crisis, esclarecedora... El escritor era una suerte de prestidigitador que esgrimía su arte con la intriga, el misterio, la sorpresa, sorprendiéndose a sí mismo. Y Eliseo era ese hechizado ilusionista, el escritor.

Las historias que escribía, sin la complejidad de seguir una trama extensa, le permitían encontrarse a solas consigo mismo y soñar, descubrir la belleza desde la sencillez, compartir sensibilidades. En definitiva, pequeños o grandes oasis —según el ángulo de vista a considerar— dentro de la ajetreada vorágine cotidiana de deberes y obligaciones que, en su exacerbado egoísmo, descartaba de antemano los paraísos y le condenaba al más injusto de los ostracismos.

Antes, era el ajetreo de los quehaceres cotidianos lo que le esclavizaba el tiempo; ahora, que estaba liberado del trabajo por causa de fuerza mayor, no podía evitar otro tipo de saturación, una presión distinta, que le atenazaba con

preocupaciones de futuro, a la vez que le inquietaba con la incertidumbre del día a día. Por ello al escribir ponía tanto cuidado como al elegir una lectura dentro del salvaje vértigo de cada día; buscaba algo especial que, ni demasiado profundo o serio, le permitiera asombrarse por un momento y rescatar la magia que aún quedaba en él; algo que le recordaba que el mundo ni era esa vorágine ni esa rutina, que podía ser de otra forma, también divertida y, sobre todo, que tenía sentido. Y el mero hecho de que algo lograra conmoverle o asombrarle bastaba para provocar esa sacudida que hacía recuperar la ilusión, la posibilidad de soñar y de que otras realidades convivían a su lado. En definitiva, se trataba de recuperar el lado mágico del mundo cotidiano, porque necesitaba soñar.

Estas lecturas le recordaban que los sueños le circundaban, a pesar de la indiferencia y los agobios comunes al resto de los mortales; que también, al igual que a él, los demás, lectores en este caso, podían entender la realidad desde otra perspectiva, volver a sentir, a valorar la sensibilidad que se ahogaba en la rutina. Y acaso, el mero hecho de encontrarse a solas en un escenario tranquilo con una lectura, combinando palabras para ensayar una frase, ¿no era en sí un buen proyecto...? La posibilidad de volver a creer con ilusión en la magia de la existencia, ¿no merecía la pena el intento...? Escapar brevemente de la tiranía de las fronteras, de las obligadas obligaciones, que le mantenían cautivo, anestesiado, insensible, sin necesidad de abonarse a un gimnasio o a una academia, sin cuotas ni horarios, ¿no dejaba de ser un milagro que todos, tarde o temprano, en diferentes tramos del camino, iban olvidando...? Con tan sólo un libro entre las manos, con un bolígrafo y un papel, era capaz de crear y recrearse. Esa era la maravilla y, sí, era posible. Eso es lo que contaban aquellas lecturas.

A veces, cuando tenía acabada una de sus historias, se la daba a leer a Inma; le importaba su opinión, además la obra debía ser conocida.

—Somos lo que nos pasa —le había dicho a Inma en una ocasión.

Eliseo tenía la certeza de que, de una manera muy real, era lo que le rodeaba y, sobre todo, el modo de sentirlo. De ahí que prestase tanta importancia a la forma de escribirlo. Tratar de expresarlo le ayudaba a conocerse, a conocer; cada vez que se ponía a escribir desentrañaba la materia que le ocupaba, representaba una cita con su yo íntimo, un encuentro consigo

mismo. Cuando era capaz de tener la mesa o la cabeza ordenada entonces podía sentirse, dedicarse a otras personas o situaciones, aprender de ello y extraer su propia lección. Esa era la clave, el quid de la experiencia, algo muy personal, pero que se podía compartir, expresar.

La realidad cotidiana le aportaba los mejores temas; él era la prueba.

Cuando se acercaba al albergue se encontró con que estaba completo. Todos los intentos por conseguir alojamiento en cualquier otro albergue, incluso en los privados, resultó infructuoso. O Pedrouzo vivía de los peregrinos y no dejaba de ser un enorme dormitorio, que acogía a todos los que acometían la etapa anterior a Santiago. Era un enclave estratégico, situado a apenas una veintena de kilómetros del final del peregrinaje. Eliseo siguió los consejos de un lugareño, que le recomendó un hostel próximo, no demasiado caro. A Eliseo no le quedaban muchas alternativas de elección y aceptó. Se trataba de una habitación sencilla, con un cierto toque coqueto; y con ventilador incluido, que Eliseo se propuso no apagar durante toda su estancia.

Pero sus sorpresas no habían acabado ese día. En el pasillo se cruzó con una pareja que conocía: el joven Villalobos y la secretaria de Fonso, el director que tanto vociferaba, también estaban alojados allí, en la habitación contigua a la que tenía él. Entendía que el ajuste económico podía inducir a tomar resoluciones prácticas, de ahí que un dormitorio para dos significase un ahorro, pero no tenían por qué incluir el escarceo amoroso. Ahí había algo, se dijo Eliseo cuando les vio agarrados de la cintura y sus sospechas se transformaron en reales cuando esa noche les oyó gemir, al otro lado de la pared, al compás del crujido de la cama de madera, mal asentada.

Coincidió con ellos a la mañana siguiente, durante el desayuno; entonces sí le reconocieron. Eliseo se interesó por el resto del grupo.

—No les he vuelto a ver —arguyó con disimulo.

—No, tuvieron que marcharse —respondió el joven—, a Fonso se le rompió un gemelo.

—Una rotura fibrilar —matizó la chica de la coleta.

—Ya, el síndrome de la pedrada —apuntó Eliseo a su vez, mostrándose

versado en la materia.

—Una cuestión de sobrepeso —quiso justificar Villalobos.

—Sí, era muy pesado —apostilló Eliseo, mientras casi se atragantaron de la risa—. Me alegro, parejita.

Se despidieron con los ojos húmedos, felices.

Una sonrisa cómplice acompañó a Eliseo, en los siguientes pasos del camino, al recordar a la pareja de jóvenes enamorados. Siempre resultaba gratificante encontrarse con el rostro del amor cara a cara y, por supuesto, reconocerlo. Se vio a sí mismo en otro tiempo; tal vez los años habían pasado, pero no el sentimiento. Siempre se preocupó de que nada empañara el amor que profesaba a Inma, sobre todo durante aquellos últimos meses, que habían sido tan duros para ellos.

Eliseo recordó a Inma leyéndole cada domingo los anuncios de trabajo con un obsesivo ritual. A veces, sin despojarse aún del abrigo, recién llegada de la calle, ella hojeaba las páginas a la búsqueda de una posible oferta adecuada para su marido. Era demasiado tiempo sin encontrar empleo y se recortaba el plazo de la subvención; habría que seguir cubriendo sus necesidades y, además, a Eliseo le gustaba su trabajo, le mantenía en orden y ocupado, sincronizado con la realidad; no era precisamente un candidato ideal para el ostracismo.

—¡Nada, hoy tampoco! —exclamaba, pasando a la sección de noticias locales.

Eliseo quería borrar el recuerdo de esa expresión de fracaso en su rostro, ella no se lo merecía. Otras veces, cuando él regresaba de una entrevista de trabajo, que parecía diseñada de acuerdo a su experiencia, sin duda el candidato idóneo, Inma aguardaba su llegada, de vuelta a casa, con la pregunta asomándole en los labios.

—Tampoco —resumía Eliseo, resignado, no sin cierta sorna—, parece ser que de repente nos hemos hecho mayores.

No podía olvidar aquella última entrevista, cuando Inma le ayudó a quitarse la americana y, mientras la doblaba con cuidado para una próxima ocasión,

intentaba calmar y animar a dosis igual de efectivas.

—No estaba de ser, vendrán más tardes de pesca, cariño —le había dicho.

Eliseo se volvió hacia ella entonces y se abrazaron, aún era pronto para que se despertara el chiquillo; rodaron sobre el lecho, apartando el vestuario con un golpe rápido del brazo, entregados al disfrute de un amor posado, maduro y sólido, forjado en el transcurso de una vida compartida sin dobleces. En Inma había encontrado el apoyo que siempre anheló; su complicidad en los duros momentos les había hecho más fuertes, más unidos. Hicieron el amor como dos enamorados que ya conocían el camino a recorrer, con la desenfadada veteranía que les proporcionaba el saber que se tenían, dispuestos a disfrutar del instante que la vida se avenía a regalarles al paso.

Capítulo X

La última etapa de su camino le condujo entre bosques de eucaliptos, praderas y huertas, a través de un itinerario que atravesaba aldeas detenidas en un pasado remoto, pero que parecían anunciarle la proximidad de un Santiago que ya se presentía. Se notaba una mayor afluencia de peregrinos, excursiones y grupos organizados; gentes y también bicicletas. Eliseo aunó acopio de energías, a buen paso, para aquel sobreesfuerzo que le traería recompensas y acometió con ganas los tramos finales del camino, que recorrían Cimadevila, San Pelayo, Lavacolla, San Marcos, las últimas poblaciones en dirección al Monte del Gozo. Sin embargo, la niebla densa impedía vislumbrar las torres de la Catedral de Santiago de Compostela; desde la colina, a los pies del monumento, rebuscó el teléfono en su mochila. Era la primera vez que lo encendía y miraba el reloj, en ningún otro momento del camino lo había hecho. Pero había un buen motivo, había cumplido la promesa hecha a Rafael Urueña y, con la ciudad casi al alcance de la mano, quedaba muy poco para un reencuentro singular. Llamó a su amigo Rafa, quien había llegado el día anterior, según lo previsto, y ya le aguardaba en la ciudad compostelana. Oír su voz le infundió ánimos en el último trecho.

* * *

Si de algo se alegraba Eliseo en esos momentos era de haber mantenido, a pesar de las vicisitudes, a través de las circunstancias y del tiempo, aquella relación con sus otros amigos, los que amaban las letras sin cuota obligada, sino con voluntad desinteresada. Aquellas personas sí que se correspondían de manera fiel con el molde de la amistad, encajaban mucho mejor que otras en el del compañerismo. Ellos, al menos, le habían escuchado, aunque tan sólo

fueran lamentaciones lo que tenía que expresar.

Rafael siempre atendió sus explicaciones, incluso cuando se prodigó en desmenuzarle detalles de las entrevistas de trabajo que consideraba reveladores.

—Está fea la cosa —le había contestado Rafael, moviendo la cabeza de uno a otro lado, con gesto solidario—, aunque no creo que tú tengas problemas para encontrar otro trabajo. Tienes experiencia y valía.

—Créeme que están muy obsesionados con la edad, Rafa, ni que estuviera uno ya sentenciado —se había lamentado Eliseo.

Pero Eliseo, que no veía salida entonces, reconocía ahora el beneficio de contar con alguien capaz de abrir sus oídos a las penas, porque se trataba de una actitud. Al compartir el dolor infringido, se liberaba del veneno; daba a gracias de tener a Rafa entre su gente, buen médico y mejor amigo.

En aquellos últimos tres kilómetros, no podía faltar el recuerdo agradecido hacia sus amigos, sus incondicionales. Ellos también habían sido partícipes de su agravio cuando, en la tertulia de El Diluvio, tuvo oportunidad de contarles las incidencias del juicio.

Domingo le había entendido a la perfección, aunque reconocía que la relevancia de su caso quedaba minimizada frente al de Eliseo.

—¿Lo mío? Pues eso, una auténtica estupidez —había resumido Domingo, resuelto—. No podía ser de otro modo, pero este tipo de absurdos te hacen dudar. Al final el juez desestimó la acusación de la fotocopista, no tuve que pagar ninguna sanción. No podía catalogarse como fraude por la cantidad del importe económico, ni tampoco por el desarrollo de los hechos. Todo quedó como tenía que quedar, es decir, como si nada hubiera pasado. Pero me hizo pasar un mal trago.

—¡Qué pérdida de tiempo! —había subrayado Rafael, entonces—. ¡Y qué trastorno inútil durante meses! No te extrañe que la gente enferme por causas donde estén en juego asuntos más trascendentes, al fin y al cabo...

—Al menos se hizo justicia —sentenció Fermín.

—¡Claro, claro, en eso consiste la Justicia! ¡La Justicia no tiene otra cosa mejor a la que dedicarse o que arreglar! —Domingo se entregó de nuevo a uno

de sus sermones, tan temibles como previsibles—. Esto sólo ocurre en este país.

—Un país de contradicciones —Cundi pareció justificar—. Después de todo, la libertad es eso, permitir que convivan los opuestos en paz, que las opciones distintas no choquen entre sí. Para hombres de letras como nosotros, no resulta tan imposible admitir la paradoja.

El ambiente de la tertulia, en ocasiones, alcanzaba temperaturas caldeadas y deparaba situaciones controvertidas en las que el resto de contertulios esperaba con expectación la sucesión de los acontecimientos.

—No me negarás que eso sólo pasa aquí —replicaba Domingo.

Eliseo recordaba que aquella tarde medió oportuno, rompiendo el hielo, a la vista de un desenlace no deseado:

—Sí, además es el mismo país donde tú y tú sois amigos.

—Y el mismo que permite que la literatura nos una —Rafael también celebró la intervención.

El capote de Eliseo sirvió en aquella ocasión para cambiar de tema y de protagonistas. No era la primera vez que literatura y política se entremezclaban y, de nuevo, salió a la palestra el debate entre escritores involucrados en intereses distintos a los meramente literarios.

—A mí, personalmente, basta que un autor adquiera compromisos o pretensiones políticas para que deje de atraerme —dijo Fermín—. Creo que ya lo comenté otras veces.

—No favorece al escritor este tipo de definiciones —apoyó Rafael—. Se pierde esa perspectiva neutra, desde la que ese observador de la realidad, que es el escritor, abandona su papel de testigo creativo, para convertirse en parcial, no fiable.

Eliseo se había apuntado a la exposición de impresiones:

—Claro, que depende del escritor que estemos tratando. Estoy de acuerdo en el caso de un literato.

—Es que alguien que escriba sobre autoayuda o publique tratados científicos o jurídicos no es del que hablamos —Domingo matizaba, entregado

a la digresión—. Escribe, desde luego, pero no comprometido en un sentido artístico.

—He ahí el quid —apuntilló Cundi—, porque el arte siempre es subjetivo.

Sin embargo, fue la intervención de Fermín la que consiguió suavizar asperezas y reconducir la situación, llevando la conversación por derroteros sino literarios, al menos, sin riesgo de polemizar en complicadas controversias. Nadie se opuso a su alegato a favor de la creatividad que, partiendo precisamente de lo subjetivo, daba sentido al arte y posibilitaba que la imaginación adquiriese rango superior a la mera fantasía, entendida como divertimento sin un fin. Fermín aprovechó para revelar al resto de contertulios la intrincada trama de la novela que estaba escribiendo y que defendió en un alarde de malabarismo, que permitía compaginar varios hechos, en apariencia dispares. Fermín explicó la raíz de donde su obra partía, un caso concreto de rencillas vecinales, pero en definitiva un ejemplo de envidia entre seres humanos; de lo personal hacia lo universal. Gracias a la literatura cualquier bajeza humana podía ser transformada en virtud o lección o, en cualquier caso, en un relato o escrito creativo, es decir, literario. Entonces desplegó una serie de cuartillas dobladas, que sacó del bolsillo de su chaqueta y leyó el último de los capítulos sobre el que había trabajado; antes les advirtió sobre algunas imprecisiones o dudas en el momento de la lectura, para que no lo tuvieran en cuenta pues faltaba el arreglo final, previo al definitivo traslado al ordenador.

Eliseo recordaba que había escuchado el relato de su amigo, perdido en su propia abstracción. Le parecía tan fácil teorizar sobre la materia y tan difícil aproximarse al verdadero hecho de escribir en sí. Además, lo que importaba en definitiva era ponerse a escribir y escribir; todo se reducía a eso, todo menos fácil. Se dejó envolver por las voces de sus amigos, por aquel murmullo creciente que intercambiaba impresiones, que sugería temas, ideas, opiniones o maneras de percibir, mundos posibles o sueños ocultos, a los que en cierto sentido también él pertenecía. Sí, aquellas tardes de reunión eran un privilegio, tan necesarias como las otras, cuando a solas, se enfrentaba al desafío del papel en blanco.

En aquellas tardes solitarias que se precipitaban al crepúsculo, el silencio parecía repetir los ecos de voces insondables. Era como si los dioses se hubieran ido a dormir y le hubieran dejado solo, construyendo esta locura,

para comprobar hasta dónde podría llegar o lo que sería capaz de hacer. Tal vez en eso consistía su misión, en medio de tal desatino: en descubrir, además, que estaba soñando... Sumido en medio de aquel naufragio, Eliseo encontraba escribiendo el único asidero al que aferrarse, el remedio salvador, nadar, bracear, escribir, intentar alcanzar la costa, el rumbo correcto que le devolviera al horizonte de la vida... Escribir.

Uno de los momentos que más ansiaba, cuando llegara de regreso a casa, sería el de encender el ordenador y teclear. Había reunido suficiente material escrito en papel, en el soporte más primitivo y original, pero también el más adecuado para aquel tipo de recorrido. En tales ocasiones, él prefería el toque artesano del tacto con el papel, cercano y directo, que parecía invitarle a empuñar el bolígrafo, tras un breve repiqueteo sobre la mesa, y retomar el hilo como quien recupera el rastro de una pieza huida.

* * *

La llovizna remitió cuando Eliseo entraba por las calles de Santiago, atestadas de viandantes. Las orquestas de músicos sonaban en las plazas, que atraían a una cantidad desbordada de gente a su alrededor, turistas, peregrinos y habitantes de la ciudad. Allí estaba Rafa, le reconoció enseguida, en mitad de la Plaza del Obradoiro, le estaba haciendo una foto a una pareja de ciclistas que así se lo habían solicitado. Nada más verse se abrazaron.

—Tú cumpliste tu promesa —a Rafa le embargaba la emoción—, ahora me toca a mí.

Celebraron aquel triunfo degustando una mariscada a pie de calle, en una terraza improvisada en plena acera, al nivel del suelo, al paso de peatones, peregrinos y transeúntes. Entre trago y trago de vino blanco, Rafa retomó una antigua conversación aletargada en el tiempo, tan antigua como la amistad que les unía, desde los tiempos de estudiantes, cuando compartían clases y apuntes en la facultad de Medicina. Le lanzó la pregunta como quien se saca una espina, con la intención de dejar limpio el esqueleto del pescado.

—Nunca entendí cómo abandonaste los estudios en tercero de carrera,

Eliseo, eras un buen elemento, podías con los temas y, con la herencia profesional de tu padre, podrías haberte convertido en un cualificado odontólogo o en lo que tú hubieras querido; desde luego hoy estarías ganando mucho más dinero que con tu último trabajo, y más seguro. Y perdona que saque el tema.

Eliseo calló, lo habían hablado ya tantas veces que eludía las respuestas manidas.

—Todo ocurre por algo y —arguyó fácil—, aunque no fuera así, tampoco importa, Rafa, el paso está dado hace mucho tiempo y no hay vuelta atrás.

—Siempre fuiste un romántico, debe ser eso.

—Un romántico, sí, ¿y qué? No debe extrañarte tanto, Rafa, sobre todo a ti, que también escribes. Pasa algo similar en otros órdenes de la vida. Por ejemplo, la literatura no es primera página de periódicos, ni de noticieros televisivos, no existen equipos literarios, ni los seguidores de uno u otro género salen con pancartas a avivar con ánimos y vítores a sus autores preferidos. No, no es el arte un acicate de masas.

—Y créeme que no me gustaría que lo fuese —cotejó Rafael, sin oponerse—, a pesar de lo idóneo de que todos lean y se cultiven, cuantos más mejor. Pero sí, tienes razón, es otro tipo de calidad de la que tratamos. Más cultural.

—Más personal —matizó Eliseo—, que no deja de ser cultura y de enriquecerla. Si trasciende o no tampoco importa tanto para el que escribe. La historia de la literatura se ha hecho así, unos se convierten en hitos, referencias ineludibles que guían a otros; algunos incluso nunca se lo propusieron. Quiero creer, que disfrutaban creando, expresándose, haciendo lo que les gustaba o amaban, porque quién sabe qué designio les otorgó ese don que desarrollar; unas veces goce, otras suplicio, pero una búsqueda en cualquier caso.

—¿Te das cuenta, Eliseo? Un romántico. Pero me encanta, porque esa es tu manera de verlo, de sentirlo. Tengo que reconocerte que soy más práctico, yo voy directo al diagnóstico y a dar con la solución del tratamiento adecuado, no puedo permitirme deambular por las ramas.

—Yo no me pierdo en las ramas —se defendió Eliseo—, tal vez te dé esa

impresión.

—No he querido decir eso —le corrigió Rafa—, sino deambular: tú te recreas para crear y eso es admirable, cualquiera no tiene esa capacidad; yo mismo te envidio tal mérito.

—No podemos evitar ser como somos, Rafa. Fíjate hasta qué punto es así que aquí estoy cumpliendo la etapa final de mi camino a Santiago, una vez más, después de tantos años —Eliseo resumió su reencuentro personal—. Durante este trayecto he construido un hogar junto a Inma, hemos tenido a nuestro hijo y el pequeño Andrés ha crecido; no ha sido un camino de rosas, los obstáculos han aparecido sin ser invitados, nada es perfecto. Ahora he tropezado en el trabajo, pero el camino no va a acabar. Y aquí es donde me encuentro, consciente de que el camino continuará. Reconozco que me ha venido bien estar ocupado, andar y reflexionar al paso, a solas, pero no solo, hombro con hombro con la fatiga, los caminos y las quimeras.

Rafael se le quedó mirando fijo, antes de espetarle a la cara:

—¿No te digo? ¡Un romántico!

—Qué le vamos a hacer —Eliseo se encogió de hombros, mientras sonreía—. Soy un caminante.

—Arrieros que somos —Rafa vació la botella.

Brindaron con otro vaso, entre risas, como buenos amigos. Aprovecharon la tarde para descansar en la habitación del hotel, un modesto alojamiento en pleno centro de Santiago, que Rafael se permitió reservar con antelación. Eliseo casi se quedó dormido en la bañera, era el segundo baño y la tercera ducha que se había prodigado en aquellos doce días de travesía a pie, que dejaba sentir sus efectos acumulados. La tarde incluso les dejó un tiempo para no hacer nada. Eliseo cayó sobre la cama rendido, envuelto en el albornoz. Rafael se ocupó de taparle con la colcha por encima. Por la noche salieron a tomar unos vasos, de picoteo y a disfrutar del ambiente festivo de la ciudad, que rebosaba de gentes en continuo fluir por las calles.

A la vuelta de una esquina, en el rincón de una pequeña placita, un músico se apoyaba contra el muro de una pared de piedra, haciendo sonar su guitarra. La sorpresa paralizó a Eliseo, que agarró del brazo a Rafa para obligarle a

detenerse; ambos se unieron al corro de transeúntes que escuchaban los acordes de Rainer, el guitarrista alemán con quien Eliseo llegó a compartir un tramo del camino. Eliseo le dio las pertinentes explicaciones a Rafa, mezclados entre el público callejero, mientras atendían la armoniosa melodía que salía de aquellas manos ágiles y diestras, sabias, cargadas de arte. Al finalizar el repertorio, Eliseo se aproximó para depositar unas monedas sobre la funda de la guitarra que el alemán tenía extendida ante sus pies; entonces Rainer le reconoció y se incorporó para estrecharse en un abrazo efusivo. Se interesaron por los detalles y sus respectivas peripecias durante la ruta, para después continuar intercambiando presentaciones: Rafa saludó a Rainer y el alemán les presentó a Sonia que, como una espectadora más, también había presenciado el encuentro desde el anonimato; el público asistente ya había empezado a dispersarse, a la vista de la obligada pausa. El guitarrista alemán mostró a Sonia como una amiga especial de quien se había ganado los favores, a cuenta del arte de su música, entre los que se incluía el alojamiento gratuito, entre otros no menos difíciles de adivinar. Se trataba de una mujer bella, muy hermosa, de una melena tan larga como la de Rainer, pero más exuberante, morena y moldeada de bucles, que le daban un aspecto exótico, al que aún contribuían más sus ojos grandes y rasgados, de un verde ambarino. Eliseo y Rafa no pudieron evitar quedarse embobados contemplando la belleza de su rostro, aquellos labios levemente hinchados, sedosos, que esbozaron una sonrisa fresca a los amigos de su artista alemán, a quien agarró de la cintura. Hacían una pareja imponente, ambos de gran altura, estilizados y de movimientos flexibles, elegantes. Rainer, sin soltar la guitarra de la otra mano, les instó a seguirles; recorrieron parte de la zona vieja tomando vinos y tapas, compartiendo risas e incidencias del camino, del futuro, de la vida. Ella era gallega, aunque de origen italiano; era médico y, por la manera de arrimarse al alemán, una enamorada no sólo de la música, sino del arte en general. Rainer tenía previsto regresar a su Granada idolatrada, aunque lógicamente comprendieron que no descartaba quedarse algunos días más disfrutando de su placentero jubileo. Cuando la pareja les manifestó su intención de retirarse se despidieron con mayor efusividad que en un principio, deseándose la mejor de las suertes.

—¡Vaya mujer! —Rafa no dejaba de alabar su belleza, cada vez que le venía a la mente.

—Para tener colegas así no me importaría reengancharme a la carrera de nuevo —bromeó Eliseo, con un guiño, sonsacando la risa a su amigo.

Finalmente, Eliseo y Rafa dieron por acabada la noche en el concierto de música celta que se celebraba en la Plaza del Obradoiro; al día siguiente esperaba una larga jornada de retorno.

Eliseo no quiso despedirse de Santiago sin asistir a la misa del Peregrino y Rafael accedió, a pesar de su enardecido ateísmo, tras del que se excusaba como científico puro.

—Déjate de monsergas científicas, Rafa, son tan aburridas como las otras. Esto es otra cosa.

Rafa reconocía que aquel evento reunía gentes y conciencias dispares, que el elemento religioso podía convertirse en un hecho cultural o incluso deportivo, que adquiriría una identidad propia, especial, que poseía una categoría universal. Después de sellar las credenciales que avalaban haberse ganado el jubileo, aguardaron una larga fila para acceder al interior de la catedral. Eliseo eligió una pequeña capilla, nada más entrar a la derecha, que se llenó en pocos minutos, hasta el punto de que cuando comenzó el oficio ya no cabía uno más. Eliseo no supo por qué, pero las lágrimas rodaban por sus pómulos en torrente continuo y, sin resistirse, lloraba, sin importarle que los que estaban a su lado le vieran en tal estado, desconsolado; se acordaba de todos a los que amaba, rememoraba personas y situaciones, mientras lloraba, sin evitarlo. Eliseo lloró y lloró, casi hasta vaciarse. Rafa, que se había sentado en uno de los bancos, fuera de la capilla, parecía disfrutar del ambiente, recogido, pero intenso. El espectáculo mereció la pena: resultó un placer contemplar cómo aquellos monjes de apariencia humilde, casi enclenques, lanzaban y recogían el enorme botafumeiro, que se balanceaba de un lado a otro del templo, con un amenazador vaivén. Eliseo, cumplido su deseo, no pudo objetar nada al de Rafael, cuando manifestó su intención de acercarse hasta Finisterre, a contemplar la Costa de la Muerte, que distaba apenas unos kilómetros.

—Pero eso sí, esta vez en coche, Rafa, que queda mucho viaje de vuelta —apostilló.

Rafael se dejó convencer, complacido. Disponían de todo aquel domingo

para regresar, pero a la vista de aquellos vinos y manjares, no le habría importado posponer cualquier otra obligación por seguir viviendo la fiesta.

Los acantilados de la tierra donde acababa el mundo surtieron el efecto presentido, una sensación de paz e inmensidad inundó durante unos instantes a los dos amigos, que se dejaron llevar por el silencio denso que, a través de muchos siglos, había alentado mentes y almas de peregrinos, viajeros y navegantes, como lo eran ellos mismos en ese momento, unidos, solidarios, fundidos con el océano... El viento racheaba con un soplo fuerte, pero agradable, refrescante, que las gaviotas aprovechaban para planear sobre sus cabezas, al borde de los acantilados y, por fin, Eliseo cruzó una mirada inquisitiva con su amigo...

—¡Ahora sí! Venga, vamos a casa —zanjó Rafa y, sin mirar atrás, se introdujeron al vehículo.

Sólo pararon en Ribadeo para tomar un tentempié y continuar viaje de regreso. Durante el resto del trayecto hablaron de todo un poco, también la tertulia salió a colación.

—Mañana lunes, no podemos faltar.

—Allí estaré.

Rafa no quiso que Eliseo le relevara al volante, le gustaba conducir; Eliseo aprovechó para dar una cabezada que otra. Despertó, como si lo adivinara, obediente a un sexto sentido, cuando entraban en la población de Villajunco. Rafael dejó a Eliseo a la puerta de su casa y se despidieron con un guiño.

—¡Nos vemos!

Inma y el pequeño Andrés estaban acostados, pero su mujer pareció presentirle, se incorporaba en ese momento.

—Estaba preocupada, sabía que tenías que venir hoy, pero no pensé que tan tarde —le besó mientras se abrazaban—. ¿Todo bien?

—Ahora sí, bien, Inma... Os echaba de menos.

Capítulo XI

Y de nuevo la otra batalla, la de romper aquella misma rutina que se empeñaba en hostigar los horizontes. Apenas un leve respiro, eso es lo que había supuesto su viaje a pie por la ruta jacobea. Como si añorasen su ausencia, parecían haber estado aguardando su regreso, de nuevo la familia, el hogar, la tertulia, los amigos, los paseos, la lectura, escribir, el trabajo... El trabajo, otra vez. Poco había cambiado, acaso él por unos días tan sólo, que ahora adquirirían visos de lejanía y eternidad. Le parecía irreal, sí, había que vivirlo para saberlo.

Inma le obsequió al mediodía con uno de sus platos favoritos, además sabía darle a los chipirones el toque preciso. Eliseo se deshacía en detalles del viaje, de la comida, del ambiente de camaradería, de la gente que conoció, de los bellos parajes del camino, mientras se chupeteaba los dedos. Después del postre tomaron un café. Inma aprovechó el momento de la sobremesa para sorprender a Eliseo:

—Mira, tienes que ver esto.

A Eliseo le intrigó el tono empleado por Inma, que acercó a la mesa unos recortes de periódico, perfectamente doblados. Cogió el primero que su mujer le tendió y leyó despacio, al tiempo que observaba la foto del recorte con detenimiento. La noticia era de una semana atrás, cuando él todavía estaba realizando su parte del camino. Hablaba del incidente callejero entre su antiguo gerente y alguien a quien también había llegado a conocer. La expresión de Eliseo se agudizó abriendo los ojos en un gesto exagerado. Aunque sorprendente, la noticia no le resultaba extraña: su antiguo compañero de trabajo, Josu Carranzo, aparecía en la imagen. El artículo relataba las incidencias del altercado que ambos protagonizaron en plena vía pública, interrumpiendo el tráfico para regalar a los transeúntes una auténtica pelea

callejera.

—Muy propio —reconoció Eliseo, sin ocultar cierta sorna—. Realmente reconozco la suerte que tengo al no tener que tratar ni que trabajar junto a gente así.

—Sí, al final vamos a tener que creer en los milagros —apuntó Inma.

* * *

Era lunes, el primero después de su regreso de Santiago, así que Eliseo asistió a la cita obligada. Pasar la tarde en El Diluvio constituía otro de los tesoros recuperados, para el que ahora Eliseo disponía del tiempo preciso que dedicarle. Incluso habría deseado que se reunieran con mayor asiduidad, pero se conformaba con aquella inmensa oportunidad que, en la soledad de las horas bajas, le ofrecía todos los beneficios.

Fermín y Cundi llegaron al mismo tiempo, se encontraron a la entrada de la cafetería. Saludaron, sentándose junto a Rafael y Eliseo. Las primeras preguntas que les dirigieron eran referentes al reciente viaje:

—Cuenta, chico, ¿estarás cansado, ¿no?

—Sí —bromeó Eliseo—, pero de estar sentado.

Todos rieron.

Fermín les explicó que no esperasen a Domingo, que no vendría.

—¿Y eso?

—Está de baja, de reposo obligado. Todo por una tontería.

—¿Pues qué ha pasado? —aleccionó Eliseo, un tanto inquieto.

Fermín pidió una infusión de té y carraspeó antes de contarles cómo el fin de semana anterior salieron con sus respectivas mujeres, a tomar el aperitivo; los cuatro eran amigos desde los tiempos inmemoriales de noviazgo y seguían cultivando su buena relación. Habían estado tomando unos vinos por la zona del casco viejo y, ya dispuestos a retirarse cada cual a su casa, Fermín insistió para que subieran a su vehículo, quería acercarles hasta casa para ahorrarles

la caminata. Domingo replicó que regresarían andando, que para eso había dejado el coche aparcado, que necesitaba caminar, obligarse a andar algo más.

—Hasta los matasanos lo recomiendan —había bromeado con Fermín, que no cejó en su empeño y volvió a insistir invitándoles a montar mientras ponía el motor en marcha.

La mujer de Domingo accedió y entró al asiento posterior, mientras la mujer de Fermín se acomodaba en el delantero, de copiloto. Domingo iba a entrar cuando Fermín arrancó el vehículo; no se había sentado aún, por lo que no tuvo tiempo de subir el otro pie, el derecho, y la rueda del coche se lo atrapó. Fue un chillido descomunal el que Domingo lanzó, con la suerte de que Fermín frenó en seco. No obstante, le molestaba el pie, no podía pisar con normalidad y, según le contó después, se pasó el resto de la tarde en el sofá de casa, sin salir ni moverse siquiera.

Fermín fue a visitarle a casa nada más enterarse; ejerció su especialidad de traumatólogo y le exploró el pie que, en apariencia, no estaba dañado; le indicó realizar unos ligeros movimientos para comprobar la flexibilidad del tendón de Aquiles y respiró con alivio cuando Domingo lo hacía sin dolor. Domingo, a su vez, trató de quitar hierro al asunto, no quería incomodar a su amigo con ningún tipo de culpabilidades, aunque lamentaba no poder hacer vida normal. Así y todo, al día siguiente, Domingo se acercó hasta las urgencias del hospital; le hicieron unas placas radiográficas y el traumatólogo de guardia le conminó a respetar un prolongado reposo.

—He hablado con él antes de venir —aclaraba Fermín dejando escapar un cierto tono de desaliento—, se encuentra bien, aunque sólo se mueve para renovar cada seis horas la férula de una arcilla verde que se aplica sobre la zona lastimada.

Tanto Eliseo como Rafa no acertaban a articular palabra; habían escuchado sin salir de su asombro el incidente de Fermín y Domingo y, algo más repuestos, aguardaban la continuación de los hechos. Rafael se atrevió a comentar.

—Eres un poco lanzado al volante, chico.

—No sé qué mosca me picó —Fermín trataba de disculparse—, pero cuando mi mujer cerró la portezuela del coche me hice la idea de que ya

estábamos todos dentro.

—Bueno, a cualquiera le puede pasar —Eliseo terciaba—. Tendremos a Domingo por aquí en unas semanas.

* * *

Aquella misma tarde Eliseo se decidió a hacerle una visita a su amigo Domingo, pensó que a los convalecientes siempre les agradaba el regalo de la compañía. Domingo tardó en abrir la puerta. Eliseo comprendió que la imposibilidad de valerse por sí mismo y caminar a la pata coja era, además de una incomodidad, un problema que podía generar más problemas aún. Domingo estaba deprimido, Eliseo se lo notó en el habla cansino, en su aspecto descuidado, el desorden de la sala.

—Disculpa, pero no esperaba a nadie —intentaba excusarse—. Acércate a la cocina y trae unos vasos, hay cervezas en la nevera y, si quieres comer algo, encontrarás unas pastas en el primer altillo, sobre el microondas.

En la cocina la radio no había dejado de sonar desde que entró.

—Quita la radio si te molesta —le gritó Domingo.

—¡No, no importa!

Eliseo obedeció y enseguida dispuso todo sobre la mesa del salón, pero dejó el fondo musical que favorecía al ambiente apropiado para la charla distendida.

—Ya me contó Fermín el accidente —Eliseo inició la conversación, directo.

—Sí, una tontería —minimizó Domingo, acomodándose en el sofá—. Pero oye, tú sí que tendrás que contar, ¿te fue bien por el camino? Aunque ya lo habías hecho antes.

Eliseo bosquejó un resumen de su odisea a pie, a través de la montaña asturiana y gallega, hasta lograr la meta en la catedral del santo apóstol. Domingo escuchaba atento los detalles que Eliseo se preocupaba en matizar;

ambos escribían y el uso de las palabras adquiriría en ellos unas connotaciones de autenticidad, que hacían de la verosimilitud otra aventura más.

Domingo y Eliseo habían compartido muchas tardes en El Diluvio y, fuera de las tertulias, les unía esa inquietud de carácter literario que les enorgullecía y que Eliseo no estaba dispuesto a traicionar. Domingo dejó de dar vueltas a su situación, sintió un alivio tranquilizador cuando el propio Eliseo le mostró el motivo subyacente que se escondía tras su visita...

—Te he traído el escrito sobre el último tema que se propuso en el bar, Domingo, ¿te acuerdas? Sobre la estafa, sí, pensé que te gustaría leerlo.

—Ah, sí, sobre eso —Domingo disimuló con una mezcla en el gesto de alivio y desagrado.

—Con todo el jaleo del juicio y tantas entrevistas se me olvidó llevarlo a la tertulia la última vez.

Domingo conocía la delicada situación laboral por la que Eliseo atravesaba e intentó congraciarse, solidario.

—Te saldrá algo, Eliseo, todavía tienes que dar mucha guerra. Ya me dirás sino quién va a pagar mi jubilación —Domingo bromeaba—. Mira, estamos en año santo, yo no puedo dar un paso, pero tú ya tienes ganado el jubileo.

—Por falta de caminos no será —pensó Eliseo, en voz alta.

—Venga, no ibas a leerme algo —recordó Domingo, tratando de cambiar de tercio.

Eliseo desplegó las hojas de su relato y carraspeó la garganta, antes de leerlo en voz alta:

Las verjas de los comercios abrieron con ruidoso estrépito sus oscuras fauces, al acecho, ávidas por devorar a las primeras víctimas que se adentraran en la gélida mañana de aquel maldito lunes.

Domingo escuchó atento y no expresó su opinión hasta el final.

—Me ha gustado el aire irreal, de ciencia ficción, que le has imprimido. Sí, a veces la realidad es más increíble.

—No cabe duda de que observar la realidad desde otros ángulos ayuda a

comprenderla, incluso nos enriquece con posibilidades insospechadas.

—Sí, es bueno mirar el mundo de varios modos. Hacerlo de una sola manera trae problemas —corroboró Domingo—. Creo que el escritor es un privilegiado, un artista cuando consigue sugerir esto.

—Un privilegio personal, Domingo, con eso me conformo. No me resuelve la subsistencia, pero me ayuda a vivir.

Ahora la música de la radio dio paso a las noticias que inundaban de datos electorales el minúsculo oasis de calma conseguido, mientras conversaban.

—Cada día me acuerdo más de aquel poeta —confesó Domingo, sorprendiendo de manera inesperada a Eliseo—. Es triste. Unos por otros, al final, acabarán rompiéndote el corazón.

Eliseo sabía a lo que se refería.

—¿Y?

—Tiene que ser muy duro marcharse de tu tierra y morir fuera.

—Pero no es el caso, Domingo.

—No, claro, pero puede serlo, las injusticias tienen muchos apellidos.

Eliseo asentía en su fuero interno, pero sin saber por qué, se veía impelido a no darle la razón en voz alta. En el fondo admiraba a Domingo, siempre aprendía de él. Era su mismo ejemplo con diez años más de diferencia. Domingo ya había pasado antes que él por ese trago amargo que ahora le tocaba paladear, sólo que con cincuenta y tres años el tiempo estaba contado, no quedaba lugar para juegos ni conmisericordias. De ahí su carácter crítico, en apariencia negativo, derrotista, pero completamente realista. Domingo era un hombre práctico, también comercial, como él, aunque tal vez con un sentido más agudizado. Sus éxitos comerciales no sirvieron para frenar la trampa que urdieron contra él; el último jefe que tuvo no pudo acabar con su carrera si no enmascarando su comportamiento, bajo el disfraz de no haber matado nunca una mosca. Tal vez ese modo de ser quitado de en medio aún doliera más, ya que la afrenta, al no ser directa, dejaba una herida sangrante de impotencia e inutilidad. Su jefe simplemente no hizo nada, le dio cuerda hasta dejarle caer. Pero un buen jefe nunca haría eso, no le diría a su delegado que no estaba dispuesto a salir con él a trabajar, ni que no atendiera las llamadas del

director, sino que le avisase cuando le preguntara por él.

El propio Domingo le contó a Eliseo lo que su jefe repuso cuando le comunicó su despido:

—Todos estamos en eso.

Y por supuesto que Domingo no estaba de acuerdo, porque para eso no hacían falta jefes, ni reuniones, ni programaciones de trabajo, ni selección de prioridades y seguimiento en las acciones. Si todo daba igual, incluso la injusticia, eso significaba que se dejaba el trabajo en manos del azar y todo quedaba reducido al engaño.

Pero, ¿por qué ocurría esto? ¿por qué actuaban de este modo las empresas? ¿por qué existían jefes así? ¿por qué había que acabar con los buenos profesionales? Esa sería una lógica pregunta, aunque lo normal sería no tener que plantársela. Según Domingo ese era el dilema de este país, del que él tanto despotricaba. Con una crisis económica declarada se permitía prescindir de gente válida, condenarla a un futuro oscuro, anulando calidades en aras de sostener un sistema caduco, diseñado para seguir estafando en la miseria, como si ese fuera el objetivo, para que la historia se siguiera repitiendo de ahí a la eternidad; así era cómo se entendía la seguridad, sí, conformarse, contentarse con poco, porque más valía lo malo conocido. Pero, ¿acaso no resultaba una solución triste y descabellada? Los que conocían a Domingo ya habían escuchado antes su sermón; después de intercambiar sus miradas optaban por cambiar de conversación, saltar a otro tema y tildar a su amigo, en última instancia, de ese tinte negativista que le caracterizaba, aunque no le definía. Sin embargo, para Eliseo, detrás de ese “ya sabes cómo es”, se escondía un hombre sabio, vituperado, incluso mal aprovechado. A Domingo no le faltaba razón, pero la realidad que él tan certeramente descifraba era un drama, no del todo agradable a los oídos. Un auténtico drama del que nadie, ni siquiera ellos mismos, sus amigos, estaban libres, sólo que mientras no les tocara de cerca la tragedia podían darse por contentos. Al fin y al cabo, como el resto de conciudadanos.

Eliseo le dejó continuar con su perorata; comprendía su necesidad de explayarse, a modo de defensa. Prefería respetar su amistad, sin otra pretensión que no objetar, simplemente con estar a su lado, de su lado; no podía engañar a Domingo, era inteligente. Pero él tampoco se había

equivocado, había aprendido, su amigo no le había defraudado, su visita sirvió para algo. Aquella tarde salió de casa de Domingo con un propósito recuperado, resuelto a llevarlo a cabo, sí, de alguna manera había reencontrado el hilo para completar un camino. Sí, el bagaje de ambos se había enriquecido.

Capítulo XII

Una vez más los consejos de Inma obraban milagros. Aquella tarde Eliseo se acercó solo a pescar al río siguiendo su indicación; venía haciéndolo con cierta regularidad, le servía de relajación además de propiciar alguna trucha para la cena. Sus pasos siguieron el camino que paseaba al borde mismo del río; tan estrecho que cualquiera diría que seguían juntos la misma dirección. Un poco más adelante una curva del río separaba su curso y el camino se bifurcaba para entrar en la población. Al viejo puente de madera lo sustituía hoy otro de cemento y metal, más resistente a las crecidas de las aguas que, con esporádica regularidad, inundaban sus márgenes. Momentos antes su mundo había sido otro y, de repente, se hallaba inmerso en este, que tampoco a Eliseo le era desconocido, al contrario, tan familiar que tenía la impresión de haber sido rescatado a un tiempo velado, que le pertenecía, pero que por algún oscuro designio quedó condenado a un injusto olvido.

* * *

Él creció a la sombra de aquellos chopos y abedules y, ese paseo en especial, era su preferido. Bajo la frondosidad llorona de los sauces aún jugueteaba su niñez; allí estrenó también sus primeros escauceos amorosos, cuando no refugiaba su soledad en el placer de la pesca o en la solitaria compañía de un libro. Ahora, sin embargo, era el mismo lugar al que acudía cada fin de semana con su mujer y el pequeño, en busca de reposo e intimidad.

La pesca le devolvía a los años de infancia, cuando su padre le llevaba a los pueblos y dedicaba tardes enteras a vagabundear por las orillas en busca de fácil entretenimiento. Sin embargo, ahora le servía de pretexto para ocupar

el rato cuando se avecinaba demasiado vacío, sin menospreciar las cualidades terapéuticas que Inma le achacaba para tratar de convencerle. Esta vez no pudo colocarse en el sitio donde tenía acostumbrado: una pareja de jóvenes rezongaba, entregados a su amor temprano, bajo la sombra del enorme sauce. Le gustaba aquel sitio por el frescor que desprendía en verano; ahora aún podía disfrutarse esa sensación de paz que sólo perseguían las parejas o algún transeúnte a la búsqueda de sosiego. Algunos muchachos aún se acercaban hasta allí en bicicleta igual que lo hizo él a sus años. Siguió orilla abajo en busca de un lugar no demasiado vistoso, las truchas se las sabían todas y tenían, además de buena vista, un oído muy agudo. A una veintena de metros distinguió un grupo de abedules, allí los berros también estaban crecidos por lo que podía estar a resguardo de la vista de las truchas; echó la caña y se sentó en la hierba, apoyado con la espalda en el cesto y las piernas estiradas. Luego, extrajo el libro que estaba leyendo dispuesto a proseguir la lectura, pero apenas llegó a abrirlo.

* * *

Eliseo blandió la carta ante el rostro de su mujer nada más que abrió la puerta de casa:

—¿Sabías algo de esto?

Había estado esperándole con expectación, después de leer y releer el contenido de aquel sobre dirigido a su nombre, que recogió del buzón, a su regreso del paseo en el río. Había tenido además una buena mañana de pesca; los trofeos en forma de frescas truchas rosadas descansaban sobre el fogón de la cocina, todavía dentro del cesto de mimbre. Pero el trofeo que contenía aquella carta superaba la mejor de las pescas, se sumaba a aquel otro más reciente, al de su jubileo personal. Eliseo leyó en voz alta:

—El jurado le proclama ganador del Certamen Internacional de Narrativa, galardón que será entregado en la próxima gala que se celebrará...

Inma se abalanzó sobre él, interrumpiendo la lectura; ambos cayeron hacia atrás en el sofá, mientras Inma daba rienda suelta a la emoción.

—¡Eliseo, no me digas que has ganado! ¡Lo has logrado, cariño!

A Eliseo se le escapó una sonrisa de regocijo que ahuyentó cualquier atisbo de reproche.

—¡Qué callado lo tenías, Inma! Eres increíble, amor, me parece increíble...

Inma lloraba casi de alegría; incapaz de contenerse las lágrimas le balbuceaba al oído:

—Te lo has ganado, Eliseo, cariño, te lo merecías, has luchado por ello. Es tu trabajo...

—No sé qué habría pasado sin ti a mi lado, Inma.

—Es una victoria tuya, sólo te pertenece a ti.

—Ahora sí —la sonrisa iluminaba el rostro de Eliseo—. Ya puedes ir sacando la chaqueta diplomática de nuevo.

Leyeron juntos, abrazados, el resto de la carta, que le emplazaba a una reunión previa a la entrega de premios como condición indispensable para recibirlo.

Eliseo se arregló para la ocasión y acudió a la cita en Madrid, a cuatro horas de coche. Inma le acompañó, aunque aguardó en el vehículo.

El representante del Certamen, en calidad de agente literario de la Fundación que organizaba el premio, quería conocer en persona al autor, ganador de la presente convocatoria y en quien iba a recaer la publicación de la obra elegida. Eliseo, después de presentarse, pasó a un despacho donde la conversación siguió derroteros informales, aunque no exentos de solemnidad. Era lógico que tratasen de mostrar una imagen seria de unos premios, que anualmente intentaban representar el mejor reflejo de la vanguardia literaria del momento, así como dejar clara la impresión de limpieza e intencionalidad de sus fines. A su vez, Eliseo respondió con amabilidad a las preguntas sobre sus datos personales; acto seguido entraron en una conversación más personal donde se precisaba pulir los matices, esclarecer, resaltar brillos. Eliseo intentó hacer entender su visión sobre lo que, para él, significaba escribir, de cómo le ayudaba a percibir el mundo, sus realidades, desde distintos puntos de vista.

—Confieso que no soy perfecto.

—Bueno, ninguno lo somos —arguyó el representante de la Fundación, que le atendía con un gesto de "ser todo oídos", mientras sostenía un listado de preguntas del que no debía saltarse el orden.

—¿Que si escribí algo antes? —prosiguió Eliseo—. Sí, claro, siempre he escrito. Aunque la realidad es otra, hay que ganarse los garbanzos con una profesión y un trabajo. Pero el escritor siempre debe estar abierto a aprender, somos mejorables y el escritor se desarrolla por medio de la práctica, a través de la experiencia.

—¿Cómo compagina su profesión y su afición por escribir?

—No es que me contente o identifique con ser eso que denominan un escritor paralelo, que trabaja y escribe, pero no me quedó otra opción, es mi única manera de hacerlo, porque quiero escribir. No se trata de una afición de ratos libres sino que, a fuerza de hábito, uno está atento a ese detalle que surge delante o que apenas se insinúa para, después de haber rondado durante semanas o meses en la imaginación, acabar cobrando forma de vida en un texto. Uno escribe lo que es, para diferenciarse de ser lo que se escribe. Ahora las influencias son otras, ricas y variadas... Me pone en un aprieto si he de nombrarle a mis autores favoritos, dejémoslo para otra ocasión.

—¿Y las virtudes?

—Esa es una buena pregunta que, a menudo yo mismo, me suelo repetir. El mero hecho de destinar ese tiempo precioso a construir, con frases o palabras, una historia que contar, ya es de por sí un primer paso de generosidad y altruismo. Alguien afirmó que el artista gozaba del privilegio de una energía sobrante; no recuerdo quién, pero sabía de lo que hablaba. Cuando el escritor contempla la obra resultante nada hay igualable a esa satisfacción callada, que sólo los que se atrevieron a dar el paso son capaces de comprender.

—Supongo que no es la primera vez que le preguntan por qué escribe.

—Porque me gusta, porque tengo necesidad de contar, contar algo y contarlo de un modo especial. Para compartirlo y darlo a conocer, porque me lo paso bien, disfruto cuando escribo, lo necesito.

—¿Temas preferidos?

—La Naturaleza con mayúsculas cobra un sentido especial en mis textos, casi siempre presente, se erige en verdadera protagonista —Eliseo se explayaba sin reparo—. En mis historias, además de desarrollar un argumento busco implicar al lector, hacerle partícipe de sensaciones o situaciones y, a ser posible, casi siempre sorprenderle al final, impactarle de alguna manera, bien con un hecho insólito o con asombro o con una reflexión hacia un inesperado giro. El sistema de vida de nuestro tiempo nos obliga al sobreesfuerzo, nos estresa hasta anularnos, al restarnos tiempo de nuestros numerosos quehaceres para con las otras tareas, las personales. Cuando hablo de tiempo, en este caso, me refiero a dedicación. Por tanto, al coger un libro, quieres aprovechar al máximo ese breve período de tiempo y que lo que lees te subyugue, motive, impacte o te haga reflexionar con distinto ritmo al de tus ocupaciones cotidianas. Ese es el nuevo valor que ha de recuperar la lectura de hoy, la buena literatura no puede ni debe ignorarlo; también soy lector y lo tengo presente cuando escribo.

El representante escuchaba con un gesto de manifiesto interés.

—¿Qué opina de la técnica? ¿Qué le inspira?

—La técnica de escribir es importante, pero el árbol no debe ocultarnos el bosque. Si no existe un alma en lo escrito, eso que se define como una personalidad propia, toda la estructura gramático-sintáctica se vendrá abajo. Un corrector podrá arreglar el aspecto formal de un escrito, pero no logrará insuflar alma si no la tiene. Escribir es construir, el armazón lingüístico es un soporte necesario, que requiere cuidarse, pero el espíritu del texto debe flotar palpable en el ambiente. En lo personal, disfruto cuando descubro el entramado de la emoción bien expresada. No cabe duda, para escribir o leer hay que sentir.

—Supongo que esta labor callada durante tantos años le habrá supuesto tantos momentos de satisfacción como de obstáculos. ¿Cuál considera que es hoy la situación de los escritores noveles?

—Es cierto, a veces no tienes posibilidades de acceder a una tertulia en tu lugar de residencia, sea por inexistencia o por desconocimiento. La carencia de este contacto presencial impide compartir escritos o comentarios, sobre textos nuestros o ajenos, que resultarían enriquecedores para quienes tenemos ese particular hábito de la escritura. Sin embargo, la Literatura sobrevive, a

pesar de las dificultades; si la llamada es fuerte, busca el modo de resurgir y, en medio de montañas de problemas, encuentra el camino, el sentido, el hito de referencia en su misión, la manera de orientarnos entre los obstáculos. Reconozco que, en este sentido, me ha ayudado bastante la lectura y la visión orientativa de lo que otros interpretan cuando te leen o escriben. Por lo demás, creo que seguimos con la misma situación de callejón sin salida, sólo contamos con la participación en certámenes literarios ante la dificultad para publicar. No es fácil vivir de la literatura, es mejor vivir con ella.

—Me quedo con esa frase: "vivir con la literatura, no de ella", bien se merece un titular.

—Refleja una actitud real. Verá, procuro evitar perderme en elucubraciones de orden económico no vaya a espantarse el duende que anima las letras. Las ganas y la ilusión, ahora mismo, junto con la voluntad, el esfuerzo continuado, deben ser las idóneas compañeras de este viaje, gratificante ya de por sí.

El representante tomó la palabra, después de escuchar las explicaciones de Eliseo y de haber tomado alguna nota suelta en un borrador.

—Reconozco que, si tuviera que resumir mi impresión de esta reunión, estimado señor Eliseo, como así deberé plasmarlo en mi correspondiente informe, lo definiría como... creativo, sí, esa es la palabra, ¿me entiende, no es así? ¿está conforme?

Eliseo asintió.

—Claro, por supuesto.

—En definitiva, uno suele recurrir a sus ídolos preferidos, siempre pocos y escogidos, a los que no importa releer pues representan nuestros hitos literarios. Por eso, ahora sí, antes de que nos despedamos, desearía retomar esa pregunta postergada y conocer quiénes son sus escritores favoritos.

Eliseo sonrió ante lo inevitable y respondió a la pregunta:

—Me va a permitir que los resuma, así los ofendidos serán menos. Me gustan aquellos escritores que consiguen hermanar vida y literatura, el logro es considerable y la lista de nombres, sin duda, interminable; por no hablar de los poetas, imposible pretender rescatar a todos del olvido... ¿Sabe? Mi madre escribía poemas en su juventud y a mi padre, ante todo, he de

agradecerle la colección de libros que me acompañaron desde la biblioteca de mi infancia y que hoy labraron un camino. Creo que ellos son mis pilares, el resto es inabarcable, si me lo permite.

—Eso, además de respetuoso, suena poético.

—Lo es.

—¿Qué pretensiones tiene para el futuro, señor Eliseo? Con la obtención de este galardón usted abandona el anonimato y, a partir de este momento, será observado, leído, comentado desde otra óptica, acorde a otros intereses. En este sentido La Fundación mantiene una línea de obras orientadas dentro de la narrativa de ficción, a caballo entre el realismo y lo fantástico, entendido como un nuevo realismo moderno, eludiendo imitaciones y apostando por la vanguardia. Estimamos que usted puede enmarcarse según este criterio y, al menos, las dos próximas publicaciones han de obedecer y seguir esta directriz de estilo, ¿le queda claro?

—Bueno, verá, entiendo que algo ha cambiado, pero lo que quiero es escribir y escribir. No conozco otro método que valga, ni otra fórmula en la que pueda resumirse. Sólo deseo escribir y leer, por supuesto. Sí, seguir leyendo, leer... Mi experiencia es nula en este campo, desde el lado comercial, nunca he escrito pensando sólo en premios o publicaciones, será la primera vez que trabaje para una editorial y me someta a sus plazos de tiempo, de producción cronometrada; será mi reto personal. Pondré mi prioridad en el acto natural de escribir, aunque soy consciente y, en este sentido, me responsabilizaré de las cotas de mercado que alcanzar en el campo de la edición.

—¿Entonces no hay ningún inconveniente?

—Comprendo lo relevante de su función editorial, el horizonte de su negocio, que respeto, siempre que se me respete la amplitud de espacio, la libertad que precisa el escritor para así trabajarse un estilo propio con temas originales. Ni ustedes pueden negar que el éxito obedece a leyes insospechadas, incluso caprichosas. Mi horizonte está en escribir bien lo que quiero contar. Además, si partimos de la premisa de que siempre estamos empezando, no, no hay inconveniente, acepto. Estoy de acuerdo.

—Trato hecho entonces —el representante extendió el documento para que

Eliseo firmara. Luego, relleno un impreso donde, siguiendo la indicación del representante de la Fundación, apuntó una breve reseña autobiográfica. A continuación, atendió la lectura del documento que, además de proclamarle vencedor del certamen, le otorgaba la publicación gratuita de la obra y la parte proporcional de la que él, como autor, era partícipe a efectos económicos. A todo dijo que sí, firmó conforme con la digna solemnidad del hecho.

—Gracias a ustedes, es un placer.

Ambos se levantaron y se estrecharon las manos en un saludo cordial. Eliseo se despidió, con agradecimiento y sin miedo a ocultar su apuro, el que sentía al ser premiado por ilustres desconocidos, guiados tan sólo por el nombre de la diosa cultura.

* * *

Cuando salió del edificio de La Fundación y entró al coche, donde le esperaba Inma, no pudo ocultar los efectos secundarios derivados de aquella intensa impresión:

—Entonces es verdad, esto ocurre —Eliseo hablaba en voz alta, sentado ya, con ambas manos agarradas al volante—. No me conocen de nada, soy el ganador.

Aún le parecía inconcebible que aquello estuviera sucediendo en realidad. Aquello echaba por tierra todas sus ideas preconcebidas de la manipulación y las influencias que afectaban de forma partidista, poco neutral y demasiado sospechosa, a dichos certámenes literarios, donde siempre ganaban los mismos, concursos a medida de los amigos más interesados, donde un novel, sin padrinos, tenía la entrada vetada desde el principio. Ahora disponía de la prueba más contundente para derribar aquella falsa idea, de que no todo funcionaba así, de que la calidad, en sentido riguroso, existía y a alguien le importaba, hasta el punto de darle la máxima prioridad. ¿Suerte? Tal vez sí, pero también la fortuna se merecía una oportunidad. No quería creer en la casualidad, pues era el primero que sabía lo que le había costado. Él era un perfecto desconocido que, de repente, aparecería en la prensa y boletines

culturales de la actualidad literaria, con un nombre y peso propio y, si aquello era un milagro, no le cabía duda alguna de que lo había alcanzado por su propio pie. Sin perseguirlo, libre de pretensión alguna, aquel premio representaba el fruto de sus esfuerzos.

Leer, escribir, publicar... Un paso conllevaba al otro y, de improviso, Eliseo caía en la cuenta de que había quedado atrapado en la red de este encantamiento que conseguía hacerle disfrutar escribiendo. Lejos de tratar de explicarlo o analizarlo, Eliseo prefería explorar entre sus suertes, no fuera a ocurrir que desapareciera y le dejara pasmado, con el bolígrafo en ristre, la tecla en el aire o la miel en los labios, de lo que pudo haber sido y no se aprovechó. Escribir y caminar venían a significar lo mismo. En un tramo del paseo se descubría lejos de casa, bastante adentrado en el bosque que prometía esperanzas y entonces, la noche, el silencio, la soledad del mundo editorial, ajeno a los deseos íntimos, hostil incluso en su rentabilidad exagerada que, como un monstruo voraz de números, ahuyentaba letras, musas e ilusiones. El camino entonces bifurcaba sus opciones, pero todo se reducía a lo mismo: caminar, seguir, escribir, disfrutar del paseo...

Resultaba fácil escudar el fracaso tras los certámenes que no premiaban, pero tampoco representaban la única salida. De acuerdo que los méritos propios no ayudaban en el espeso fragor de aquella selva de letras y números, ni los mecenas caritativos surgían de la nada a cambio de lo mismo —casi dudaba de que existieran—, pero el viaje podía vivirse de forma intensa porque el ejercicio y goce de la sensibilidad no precisaba de permisos. Tampoco él era una excepción, había buscado senderos nuevos mientras sorteaba los obstáculos. Y así, ahora, cobraba la recompensa de una verdadera oportunidad, al llegar a aquel claro del camino donde reposar con la satisfacción del sueño cumplido. En cualquier caso, nada era comparable al placer de escribir, de elaborar y desarrollar proyectos que salían al paso o que podía perseguir —aunque la duda ocultase la intención inicial—, sonámbulo de este mágico sortilegio que le empujaba, que le desvelaba y revelaba caminos, sueños, quimeras, poemas o relatos. Pero que cautivaba; le cautivaba.

En el viaje de regreso a casa, Eliseo le contó a Inma los pormenores de la

entrevista; también ella quedó cautivada de esta emoción que Eliseo contagiaba. Lo mejor de todo fue poder disuadir a Inma de toda tristeza o incertidumbre, de todas las horas de sueño perdidas en preocupaciones que, hasta ese momento, habían dedicado a su futuro de trabajo. Se congratuló de manera especial de haber firmado, entre las condiciones del premio, la próxima entrega de otras dos obras más escritas, que también serían publicadas por la misma editorial de La Fundación que, así repartía de manera proporcional, el beneficio de sus derechos de autor. Le serviría, a tal fin, la reciente obra que había comenzado a escribir.

—¿Sabes qué es esto? —Eliseo, sin soltar el volante, le enseñaba lo que tenía en la mano—. El mismo bolígrafo con el que escribí el libro, el mismo con el que sigo escribiendo y con el que he firmado. El mismo que aquella tarde llevé a aquella maldita reunión.

—¿Y..?

Eliseo pareció dar rienda suelta a todo lo que llevaba anudado desde entonces en su interior:

—No fueron las acusaciones, ni el juicio, ni siquiera el hecho de quedarme sin puesto de trabajo lo que más me dolió de todo, Inma, cariño, ¿qué habría sido de todo sin ti? Lo peor fue esto —seguía mostrando el bolígrafo en el extremo de su mano—, que lo que me mueve a escribir sufriera el agravio de dicha injuria, sí, cariño, eso fue lo peor.

Ella posó su mano sobre el brazo:

—Tonterías, Eliseo, sácate ya esa espina.

—Sólo un necio piensa que se escribe con esto... —concluyó él.

—Harías bien en deshacerte de ese chisme —apuntó Inma—, comienza una nueva etapa, cariño.

—La entrega del premio será la primera semana del próximo mes, estoy obligado a acudir a recogerlo en persona, Inma —le costaba contener la emoción, mientras el automóvil enfilaba la autopista, de vuelta a casa—. Volveremos juntos a Madrid.

—Sí, claro, vendré contigo, pero el premio es tuyo, Eliseo —una ancha sonrisa iluminaba el rostro de Inma—. Esa vez te esperaré en el hotel, cariño,

a ti, con tu premio.

Capítulo XIII

Cuando pronunciaron su nombre, Eliseo subió al estrado, entre los aplausos de la concurrencia. Al recoger el premio, una pluma de plata sobre una plataforma de madera noble, adornada con una placa conmemorativa, correspondió al público con una lenta reverencia; luego se aproximó al atril. El traje nuevo para la ocasión le aprisionaba, pero se esforzaba por mantener la mente libre. Eliseo carraspeó levemente, antes de dirigir su discurso a la sala. Desde allí no podía distinguir a los asistentes, aunque reconoció a Rafael, Cundi, Fermín y hasta el mismo Domingo, sentados en las primeras filas. Ni siquiera Inma había querido acompañarle a pesar de sus prerrogativas para, al menos no hacerle sentirse tan extraño, pero aquel público también era un perfecto desconocido para él, tanto como lo era él para ellos, hasta ese preciso instante en que su trabajo era reconocido, al mismo tiempo que él reconocía su generosidad, en un gesto de altruismo correspondido. Sus palabras brotaron ciertas, certeras, animado por el largo silencio de atención que un público desinteresado le prodigaba. Era su público, su momento, el fruto de su trabajo escrito y, con una sinceridad desprendida, les regaló también sus palabras.

Era un discurso sentido, como todo lo que gustaba de escribir. Repasó su trayectoria vital y profesional, aventurando aclaraciones donde tan delicado resultaba delimitar fronteras. Su voz llenaba la gran sala con un eco hondo, que parecía henchir los hilos de luz que difuminaban la tenue presencia del público, seguro y cierto, con el aplomo de las palabras que brotaban sabias, limpias. Eran palabras nuevas, que emprendían pasos antes no explorados, desnudando su intención en el camino que ahora se abría, pero donde podía reconocer el amor y colocar a Inma, su mujer, motor y horizonte. Un temblor para apuntar el matiz, para ahondar en el significado de que la palabra expresaba el sentimiento, de que lo contenía o lograba describirlo, hacerlo

sentir: ¿Acaso no era compartirlo ya un triunfo?

Allí estaba él, en aquel púlpito, dirigiendo su mensaje a gentes a quienes les importaban los mensajes, los libros, los sentimientos. Describiendo una vida, ejemplo de otras, mostrando pensamientos en breves trazos, imperceptibles, pero definidos, que le reconciliaban con el mundo al reconocer su límite humano, que obligaban a la reflexión y al agradecimiento, al enfoque de una adecuada actitud. Delante de aquel público la voz se desnudaba, reconocía su pena, su dolor, sus esfuerzos y errores, su intención y tesón, su meta y obstáculos, sin vacilar, sin miedo, ni duda, ni nada que ocultar. Y aún regaló agallas, la voluntad de no rendirse, de seguir amando a pesar del silencio, sin focos, ni fotografías, ni prensa, ni público.

Mañana comenzaba una nueva obra, otro proyecto que, con triunfo o sin él, significaba el lugar que le correspondería a su corazón en los próximos años; tal vez no fuese el último tramo, sino otro hito, un avance, otra oportunidad para disfrutar, para intentar vivir y, a ratos, lograrlo. El tono calmo, posado de sus palabras, no le sorprendió cuando confesó su derrota, su impotencia frente a la mentira, mientras sostenía la pluma del trofeo en la mano, el otro bolígrafo, el arma del triunfo. Aquel objeto anodino, la herramienta con la que sólo un tonto diría que se podía escribir. Le habría gustado que Inma hubiera estado sentada allí enfrente, la certidumbre familiar de su presencia, para paladear el sabor del éxito merecido; pero en muchos otros sentidos, ella también lo estaba, lo estaría siempre. Ella era la auténtica artífice, el verdadero premio.

El eco de sus palabras le transportaba, tenía la curiosa sensación de no estar allí presente; le resultaba imposible no retrotraerse a otra época, en otro lugar y situación. Tal vez formaba parte del premio aquella especie de reconocimiento a toda la labor callada que, durante tantos años, vino realizando en la sombra, desde el anonimato, en solitario. El premio consistía en eso: estar allí presente, hablando, presentándose, pero recorriendo caminos que, a fuerza de trato y constancia, le resultaban ya cercanos y conocidos, casi familiares, por los que había transitado en infinidad de ocasiones y que, ahora, salían al reencuentro en una suerte de agradecido reconocimiento, ganado a pulso, conquistado, que no conocían la deslealtad o la falsedad sino que, como los mejores amigos, desinteresados, correspondían con el beneficio de

compartir la habilidad y el valor de haberse recorrido.

Sí, estaba allí, pero estaba de camino a casa, estaba en la sombra de aquella noche oscura que parecía augurar un final menos largo de lo presentido y, al mismo tiempo, estaba también escribiendo, mientras sentía los ojos de Inma, a su espalda, los tirones de pantalón de su hijo, a sus pies, mientras inventaba senderos entre sus letras por los que escapar al horror de una realidad impuesta, tiranizada, mientras buscaba la salvación, una solución invisible, pero propia, verdadera.

Eliseo continuó su discurso, guiaba sus palabras entre caminos del aire; cada página que pasaba le transportaba al sonido, que aquella tarde, sus propios pasos emitían, mientras aventuraban una salida que le permitiera recomenzar.

—Porque, en definitiva, señores y señoras, en eso consiste: Escribir es eso, algo más que inventar caminos en el aire.

Una honda ovación se prolongó por la sala cuando Eliseo concluyó el discurso; saludó con una leve reverencia que avivó, con más fuerza, los aplausos de nuevo, que le acompañaron hasta su asiento. Acto seguido, las palabras del director de la Fundación ponían broche final a una noche sembrada de arte y de cultura, que fue clausurada con la actuación musical de un cuarteto de cuerda, que interpretó una selección de temas clásicos, y el anuncio de la rueda de prensa a la que estaban invitados los asistentes que así lo desearan. No obstante, Eliseo, aguardaba que la atención general se desviara de su persona, más preocupado por cómo desembarazarse de los compromisos y despedidas siguientes; sólo deseaba reunirse con Inma, que le esperaba en la habitación del hotel. Ni siquiera pensó en sus amigos, que se habían desplazado hasta allí para estar presentes en su triunfo; apenas habría tenido espacio para un apretón de manos y unos abrazos entre tanto tumulto, pero estaba seguro de que sabrían comprenderle.

Al concluir la rueda de prensa esquivó los flases y los autógrafos, abandonando el hotel por la puerta del personal. Junto a la esquina donde el taxi aguardaba, una pequeña gitana mendigaba.

—¡Toma, muchacha! —dijo y, tendiendo la mano, le regaló el bolígrafo.

Enseguida vio a Inma, que había venido a buscarle. Ella le agarró del brazo

con la mejor de sus sonrisas.

—Vamos, caminemos.

Con un gesto, Eliseo despidió al taxi, que arrancó suave, perdiéndose entre las hileras de farolas que abrían el camino de la noche a su paso.

FIN